PEDRO DE ALBA

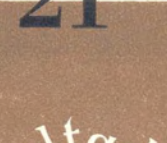
RAMON LOPEZ VELARDE

ENSAYOS

BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

21

facultad de



FILOSOFIA Y LETRAS

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO
DIRECCION GENERAL DE PUBLICACIONES

CONSEJO TECNICO DE HUMANIDADES

Coordinador:

Dr. Samuel Ramos

Secretario:

Rafael Moreno

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTONOMA DE MEXICO

Rector:

Dr. Nabor Carrillo

Secretario General:

Dr. Efrén C. del Pozo

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Director:

Lic. Salvador Azuela

Secretario:

Juan Hernández Luna

EDICIONES FILOSOFIA Y LETRAS

Opúsculos preparados por los maestros de la Facultad de Filosofía y Letras y editados bajo los auspicios del Consejo Técnico de Humanidades de la Universidad Nacional Autónoma de México.

1. *Schiller desde México*: Prólogo, biografía y recopilación de la Dra. M. O. de Bopp.
2. Agostino Gemelli: *El psicólogo ante los problemas de la psiquiatría.* Traducción y nota del Dr. Oswaldo Robles.
3. Gabriel Marcel: *Posición y aproximaciones concretas al misterio ontológico.* Prólogo y traducción de Luis Villoro.
4. Carlos Guillermo Koppe: *Cartas a la patria.* (*Dos cartas alemanas sobre el México de 1830.*) Traducción del alemán, estudio preliminar y notas de Juan A. Ortega y Medina.
5. Pablo Natorp: *Kant y la Escuela de Marburgo.* Prólogo y traducción de Miguel Bueno.
6. Leopoldo Zea: *Esquema para una historia de las ideas en Iberoamérica.*
7. Federico Schiller: *Filosofía de la historia.* Prólogo, traducción y notas de Juan A. Ortega y Medina.
8. José Gaos: *La filosofía en la Universidad.*
9. Francisco Monterde: *Salvador Díaz Mirón. Documentos. Estética.*
10. José Torres: *El estado mental de los tuberculosos y cinco ensayos sobre Federico Nietzsche.* Prólogo biografía y bibliografía por Juan Hernández Luna.
11. Henri Lefebvre: *Lógica formal y lógica dialéctica.* Nota preliminar y traducción de Eli de Gortari.
12. Patrick Romanell: *El neo-naturalismo norteamericano.* Prefacio de José Vasconcelos.
13. Juan Hernández Luna: *Samuel Ramos. Su filosofar sobre lo mexicano.*

14. Thomas Verner Moore. *La naturaleza y el tratamiento de las perturbaciones homosexuales.* Traducción y nota preliminar del Dr. Oswaldo Robles.
15. Margarita Quijano Terán. *La Celestina y Otelo.*
16. Romano Guardini. *La esencia de la concepción católica del mundo.* Prólogo y traducción de Antonio Gómez Robledo.
17. Agustín Millares Carlo. *Don Juan José de Eguiara y Eguren y su bibliotheca mexicana.*
18. Othon E. de Brackel-Welda. *Epístolas a Manuel Gutiérrez Nájera.* Prólogo y recopilación de la Dra. Marianne O. de Bopp.
19. Gibrán Jalil Gibrán. *Rosa El-Hani (novela) y Pensamientos filosóficos y fantásticos. Breve antología literaria árabe.* Traducidas directamente por Mariano Fernández Berbiela.
20. Luciano de la Paz. *El fundamento psicológico de la familia.*
21. Pedro de Alba. *Ramón López Velarde. Ensayos.*
22. Francisco Larroyo. *Vida y profesión del pedagogo.* *
23. Miguel Bueno. *Natorp y la idea estética.* *
24. José Gaos. *La filosofía en la Universidad. Ejemplos y complementos.* *
25. Juvencio López Vásquez. *Didáctica de las lenguas vivas.* *
26. Paula Gómez Alonso. *La ética del siglo* XX. *
27. Francisco Monterde. *La literatura mexicana en la obra de Menéndez y Pelayo.* *
28. Manuel Pedro González. *Notas en torno al modernismo.* *

* En prensa.

RAMON LOPEZ VELARDE

PEDRO DE ALBA

RAMON LOPEZ VELARDE

ENSAYOS

México, 1958

Derechos reservados ©
por la
UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO
Ciudad Universitaria
Villa Obregón, D. F.
Primera edición: 1958

PQ7297
L787
Z5

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE MEXICO
FILOSOFIA Y LETRAS

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTONOMA DE MEXICO
DIRECCION GENERAL
DE PUBLICACIONES

•

Printed and made in Mexico
Impreso y hecho en México
por la
Imprenta Universitaria
Bolivia 17. México, D. F.

RAMON LOPEZ VELARDE A 30 AÑOS DE DISTANCIA

Muy distante la fecha aciaga de la última despedida; ahora que cuento los seis lustros de ausencia avaloro mejor la magnitud de aquella pérdida y hay algo que me repite al oído que su sombra bienhechora me acompañará mientras viva.

En la hora undécima de su agonía me abismaba en el vacío de la penumbra; desfilaban ante mí atropelladamente los bellos y optimistas años de nuestra juventud y veía los días venideros como un desierto sordo y opaco. Su compañía fue para mí luminosa, franca y cándida; nunca olvido sus comentarios sobre acontecimientos

F 00018

complicados o simples; sus juicios sobre el mundo que nos rodeaba eran reactivo estimulante para los demás y testimonio fiel de su espíritu selecto.

Quiero evocarlo en sus pasos terrenales y en sus atributos humanos, tal como lo vi en sus últimas jornadas y seguir sus huellas que marcaron una ruta luminosa. El espacio y el tiempo se vuelven hostiles; sentimos la nostalgia de su compañía y la avidez de escuchar su palabra en conversación sencilla y fraternal.

Ramón era dueño de un arte de conversar "muy suyo"; eran de su predilección las charlas lentas y sosegadas; cuando se sentía en ambiente propicio no le importaba el tiempo, dejaba correr las horas con morosa lentitud y disertaba con aplomo sobre las razones que le asistían para no usar reloj; si alguien le preguntaba por esa insólita costumbre, respondía en el acto: ese magnífico instrumento a mí no me hace falta porque el día sólo tiene veinticuatro horas...

Gustaba de hacer visitas sin límite de tiempo; de su conversación con intelectuales consagrados, con sus viejos maestros o correligionarios y con amigos de sus mocedades solía desprender experiencias que eran reflejo de la provincia eterna o de las horas fugaces de la capital de la república.

Sus compañeros de colegio lo buscábamos para hacerlo partícipe de nuestros planes, para confiarle algún problema personal o para inquirir sobre sus últimos versos. Nunca daba a entender que él fuera el centro de interés capital o el animador de las reuniones; con sencilla solicitud correspondía eficazmente a cuantas atenciones se le dedicaban.

Entre tantos recuerdos entrañables que se me agolpan cada vez que pienso en él quiero referirme ahora a un episodio que me dejó profunda huella y suele perfilarse una y otra vez en mi memoria. Solía yo hacer viajes a la ciudad de México con el exclusivo objeto de gozar de la compa-

ñía de López Velarde; esto era por el año de 1918, época en que ejercía activamente mi profesión de médico en Aguascalientes. Me alojaba entonces en el antiguo Hotel del Jardín que era como un remanso en medio del tumulto de la capital. Los árboles frondosos, el espacioso parque y los rosales en flor le daban un toque de huerto sellado a aquella mansión transitoria.

Después de una cena de bienvenida a la que invitó Ramón a nuestros amigos entrañables, Artemio de Valle Arizpe, Jesús B. González, Rafael López y don Ignacio Gastéllum, volvimos al hotel y nos instalamos en bancas y sillones en pleno jardín interior. La conversación recorrió todos los registros; competían gallardamente en ella Rafael, Artemio, don Ignacio y Chucho a quién no sé por qué llamaba López Velarde "mi querido Pepe". Las ironías de Rafael, las crónicas maliciosas de Artemio, el último cuento de Chucho González, la conversación muy substanciosa de don Ignacio y mis crónicas provincianas

de Aguascalientes iban languideciendo por cansancio al filo de la media noche.

Alguno del grupo inició la desbandada diciendo que yo debía estar fatigado con el largo viaje y que era tiempo de que las "visitas" se despidiesen; Ramón dijo con un aire de eufórica determinación: yo estoy muy contento bajo este árbol en el centro de la ciudad, contemplando el cielo de otoño y en compañía de un amigo con quien hace tiempo no "converso", así es que aquí me quedo. Alguno de los compañeros de tertulia hizo ver que era muy difícil conseguir medios de transporte a tales horas; con ese argumento trató de convencer a Ramón de que él también se despidiera. No hubo razón válida; él repitió que estaba "muy a gusto" y que les encarecía lo dejaran allí...

Nos quedamos solos, corrieron las horas en una conversación de intimidad al aire libre; él quería saber de mi vida de provincia y de mis planes futuros y a su vez confiarme sus problemas sentimentales

en el silencio de las altas horas para él tan gratas.

López Velarde tenía predilección por ciertas palabras que ajustaban a su propio modo de ser; quien recorra su obra las encontrará con frecuencia en sus poemas y en sus crónicas y ensayos. Suavidad, clemencia, sobriedad, eficacia, recato, honradez, renunciación... El participaba de tales atributos y el recato fue una de sus virtudes esenciales.

Aquella noche él sentía la necesidad de hacerme partícipe de sus proyectos; actitud que se ajustaba a una explicable reciprocidad porque durante largos años yo le confié mis más recónditas intenciones y hasta le hice consultas directas sobre mis planes políticos o mis preocupaciones familiares. Por otra parte, yo cultivaba amistad con la elegida que inspiró varios poemas del libro *Zozobra*; admirable y excepcional mujer en quien se conjugaban las dotes intelectuales y los encantos femeninos. Conocía yo como nadie la génesis de

aquel amor al mismo tiempo arrebatado y discreto, agorero y luminoso, turbulento y sedante.

El recato consubstancial en él se traducía en silencio; con nadie hablaba de sus propósitos inmediatos ni de sus proyectos futuros ni de sus ilusiones o sus temores; él era el varón integral y hermético que hacía honor a su palabra; era enemigo de que apareciera en la superficie aquello que llevaba en su interior. La mujer amada vivió para él en un mundo aparte, un huerto sellado en el que no se permitían preguntas oficiosas o comentarios inoportunos. Alguna vez un genial poeta y gran amigo nuestro quiso permitirse algún comentario de sobremesa sobre la pasión de López Velarde por la amada de *Zozobra* y sobre su rendida devoción para ella. El guardó un silencio hosco y una actitud imperativa para que no se tocara ese punto, se despidió a poco precipitadamente y por varios meses no dirigió la palabra al indiscreto.

En aquella noche a despecho de sus propósitos iniciales retardó el momento para abordar directamente el tema; me hizo preguntas previas acerca de sus familiares de Aguascalientes, sobre todo las hermanas de su padre a las que yo solía prestar algunos servicios médicos; recordamos en simpatía común a algunos compañeros de preparatoria y trajimos a primer plano memorias de nuestras mocedades y episodios en los que habíamos intervenido los dos.

Le despejé el camino hablándole de sus últimos versos en los que aparecía "La dama en el campo" vista bajo una nueva perspectiva y con todos sus atributos de plenitud y de madurez. Quizás no existan en la poesía del México de todos los tiempos versos en los que junto a una invocación reverente se toquen las cuerdas profundas de un amor que calcina hasta los huesos, poemas en los que alternan un culto casi místico con el vigilante sentido pagano, como aquéllos que López Velarde

dedica a la mujer que descubriera en el agorero "Día 13" de sus años de juvenil fortaleza. Las palabras adquieren una significación inesperada, los sentidos corporales se agudizan, las imágenes participan de la sencillez del lenguaje de los niños y del complicado sensualismo de un trovador oriental sin que falten las místicas expresiones de un devoto de Jesús de Galilea.

El de *Zozobra* fue un nuevo modo en la poesía de Ramón López Velarde, un viraje frente a la sencillez de *La sangre devota* que revela la vibración de una nueva cuerda amorosa. "Tu palabra más fútil" y "La mancha de púrpura", hablan de la cabellera, los pies, las manos, la voz, la sonrisa, la mirada, temas sencillos en apariencia que se barajan con insistencia en la mente del poeta que descubre una nueva tónica de las palabras y encuentra tales giros de lenguaje que nos sacuden y nos llevan a un país de magia. En esa gruta encantada se escuchan los ecos de la eternidad, el amor adquiere un impulso as-

cendente sin olvidarse de su envoltura terrenal y los pensamientos oscilan entre los polos del amor sublimado y la adoración de la musa de carne y hueso tal como aparece en "Tus dientes" y en "Despilfarras el tiempo".

López Velarde no tuvo hijos pero ninguno de sus amores fue estéril; sentimos reconocimiento para *Fuensanta* a la que dedicó madrigales y versos de adolescencia y juventud y también para la mujer extraordinaria que cantó en su edad madura en *Zozobra*; ellas fueron inspiradoras de obras eternas; la provincianita que rezaba a la Virgen de la Soledad y la dama capitalina del "fúlgido plumaje" representan una dualidad del amor de un poeta que fue la síntesis de lo mejor de México; en López Velarde el hombre igualó al artista.

En aquella noche memorable me leyó Ramón sus últimos versos. Su recato, su pudor y también su orgullo varonil, no le permitían extenderse en pormenores; sus poemas eran la clave de su estado de áni-

mo y quienes los oíamos dichos con su propia voz, éramos partícipes de sus más íntimas revelaciones.

Creo haberle conocido más a fondo que la mayoría de nuestros compañeros y supe algo cierto sobre los móviles que determinaron sus actos; en aquella nuestra charla de las altas horas de la noche, Ramón me confesó que se sentía "anclado para siempre" en el amor de la incomparable mujer de la "sonrisa férvida", que vivía con soberano dominio en los poemas que me acababa de leer. El era enemigo de términos absolutos o categóricos pero aquella noche habló de eternidad; sus planes inmediatos o sus pasos futuros los meditaba de acuerdo con su temperamento "ensimismado", y hasta me habló de un enlace canónico sin formas convencionales y dentro del "más sobrio estilo", de acuerdo con su recato interior y su miedo a exhibirse en ceremonias oficiosas.

El frío de la madrugada nos hizo volver a la realidad y nos obligó a contar las

horas; yo le insinué a Ramón que se quedara en el hotel, pediría yo una habitación para él por esa noche. Me contestó con toda naturalidad: Usted sabe como disfruto de estas caminatas nocturnas, así es que me voy a pie hasta la colonia Roma y en el camino recapacitaré sobre lo que hemos hablado. Efectivamente, varias veces hizo Ramón, aun en tiempo de sobresaltos revolucionarios, el recorrido del centro a su colonia como un peregrino de la noche; algunas ocasiones él provocaba la despedida de manera inopinada para perderse por las calles obscuras y solitarias. En esos paseos de media noche compuso íntegramente algunos de sus poemas, como aquél que se llama "En las tinieblas húmedas"; grababa los versos en su memoria fiel y al llegar a su alcoba escribía cabalmente al reverso de un sobre o de una carta, sentado al borde de su lecho. Así se generaron algunas estrofas de *La suave patria* y aquel poema de íntima y

dolorosa desgarradura, que se titula "La lágrima".

Este último fue el poema de la derrota sentimental y de la herida sangrante. El dolor cósmico y el naufragio en el vacío atestiguan la liquidación de su grande amor de madurez y plenitud. Después de que se malograron los planes que él había imaginado compuso ese poema de varonil desolación como palabra final y no quiso hablar más con persona alguna sobre la mujer que había sido oriente ilusionado de una época radiosa de su vida.

Aquel gran amor que parecía eterno se volvió un amor frustrado; quizás por mínimas discrepancias o pequeños malentendidos; de todas suertes aquellos episodios hicieron en Ramón un efecto corrosivo y disolvente. Una vez que se resignó a la renuncia no volvió a intentar acercamiento alguno y aun a sus familiares y amigos más cercanos les vedaba con un gesto categórico que le hablaran de ese idilio que él consideró terminado para siempre.

En una noche del mes de junio de 1921, pocos días después de que diera los últimos toques a *La suave patria,* Ramón se sintió invadido por su euforia mental de noctámbulo. Después de nuestra habitual "merienda" en un café del centro me separé de él obligado por algún pendiente familiar; nos despedimos en pleno San Francisco; él encaminó sus pasos hacia el correo, no sé si ocasionalmente o por intención deliberada. Se encontró por ahí con alguno de nuestros cercanos amigos a quien invitó a caminar sin rumbo; la Alameda, avenida Juárez, el Caballito, la Reforma. La noche se tornaba intensamente fría; Ramón nunca usaba "abrigo", su acompañante le llamó la atención de manera comedida y le propuso que tomaran un coche para llevarlo a su casa. López Velarde declinó cortésmente el ofrecimiento, dijo un hasta luego a su amigo y continuó a pie su camino hacia la antigua avenida Jalisco de la colonia Roma. En esa noche

contrajo la bronconeumonía maligna y fatal.

La amada que Ramón inmortalizara en *Zozobra* nunca perdió el interés por él; lo seguía de lejos y siempre estuvo al corriente de cuanto pensaba o hacía; algo de fraternal o de entrañable ternura persistía en ella, quizás también el deseo de desvanecer el mal entendimiento que determinó la inesperada ruptura. Cuando ella supo de la enfermedad de Ramón entró en un angustioso desasosiego, diariamente hablaba por teléfono a mi casa para inquirir por la marcha del padecimiento. Con fervorosa exaltación mística invocó a todas las potestades celestiales y humildemente se acogía a la esperanza de que habría de curarse; ella no podía "consentir" en un desenlace fatal.

La víspera del siniestro habló a primera hora por teléfono; mi esposa le dijo que yo estaba aniquilado, taciturno y hermético porque creía que se aproximaba la última hora de Ramón quien realmente es-

taba muy grave; se retiró del aparato deshecha y a los pocos momentos volvió a llamar. En esa vez le habló a mi mujer en un tono apacible y en estos términos: Dígale al doctor que no se preocupe ni se declare derrotado, yo he tenido una revelación y Ramón no morirá.

Ese mensaje me llegó cuando Ramón estaba en su última hora; pocos momentos después se extendían el manto obscuro de la noche y, en la madrugada inclemente, el llanto y la desolación sobre quienes velábamos en la tierna y dolorida vivienda en donde la madre del poeta, sus hermanos y sus amigos fuimos los primeros en llevar un luto al que más tarde se asociaría México entero. Hubo en aquella hora siniestra una sensación de orfandad que resonó en los cuatro puntos cardinales de "La suave patria".

En este treinta aniversario pienso en el pronóstico de la amada mujer. Ella hizo bien al acogerse a una luz y a una esperanza y acertó en su vaticinio de que Ra-

món López Velarde no moriría; cada día que pasa lo sentimos cerca de nosotros; el pueblo de México lo venera y lo ve como suyo; nos acompaña en las horas amables y participa de las alegrías de todo un pueblo y también en sus jornadas tristes o fatigosas. Ramón va cerca de nosotros hasta el fin de la jornada sin decirnos quién es, nos invita a sentarnos a su mesa, nos reparte el pan y nos muestra su corazón herido como lo hiciera el Glorioso Peregrino de Emaús.

RAMON LOPEZ VELARDE
EL PROVINCIANO EN LA CAPITAL

Una de las grandes pasiones de López Velarde fue su amor a la ciudad de México. El y yo nos identificábamos en ese culto. Cuando Ramón llegó a la capital a mí ya me eran familiares los rincones más castizos y sabía hacia dónde apuntaban las agujas de la rosa de los vientos en el valle de la vieja Tenochtitlan.

Nuestro trato se había interrumpido por varios años; al concluir la preparatoria en nuestro muy amado Instituto de Aguascalientes, él fue a estudiar Derecho a San Luis Potosí, en tanto que yo seguí mi carrera en la Escuela Nacional de Medicina.

En las vacaciones solíamos encontrarnos en Aguascalientes y reanudar nuestras charlas, lecturas y paseos. Con ingenua y tal vez cargante insistencia, tomaba a Ramón y a Enrique Fernández Ledezma como "obligado auditorio" para que supieran de mis experiencias y hazañas en la capital.

López Velarde se mostraba desdeñoso y un poco irónico frente a mi rendida admiración metropolitana; él vivía en esa época bajo los suaves influjos de Jeréz, su tierra natal, de Zacatecas, y de San Luis Potosí, su centro universitario. Andando el tiempo, la capital iba a tomar su desquite.

Cuando llegó Ramón a la ciudad de México con su recién adquirido título de abogado, traía en el bolsillo cartas de don Francisco I. Madero y de Pedro Antonio Santos, sus correligionarios y amigos, en las que lo invitaban a venir a la capital. Ramón, que disfrutaba entonces de sus veintitrés años, adquiría para mí el prestigio del escritor consagrado por haber vis-

to reproducciones de sus versos en revistas y diarios de la capital. Poemas o pequeños ensayos líricos de López Velarde aparecieron en la página literaria de "El Imparcial" a cargo de José Juan Tablada, en "El Entreacto" de don Manuel Caballero y en "El País" de don Trinidad Sánchez Santos.

Cuando descubría esas páginas de Ramón en la prensa de la metrópoli, festejaba el triunfo de mi compañero de colegio como si fuera propio. López Velarde nunca buscaba notoriedad ni ofrecía sus originales; los publicistas de la ciudad de México solían encontrar en periódicos de los Estados aquellas primicias de su ingenio; algunos de ellos no acertaban con la identidad del autor.

Recuerdo que Tablada publicó el poema "A la gracia primitiva de las aldeanas", uno de los grandes aciertos iniciales de Ramón, con una nota en la que lo presentaba como exponente de la nueva poesía de la España peninsular.

Una vez que Ramón encontró alojamiento en una castiza casa de asistencia se dispuso a ver a sus amigos que figuraban en la vida pública para asegurarse un modesto empleo; él siempre resolvió sus problemas económicos sin dificultad porque no fue hombre de "exigencias", según se dice en la lengua de la provincia mexicana.

En cuanto deshizo las maletas se dedicó a recorrer la ciudad con un parsimonioso recato y una precavida mesura. Yo no pude despertar en él aquella euforia exuberante que me invadió en los primeros meses que pasé en la capital. Ramón imponía un cierto ritmo lento a sus andanzas por el mundo, iba despacio para saturarse poco a poco de la esencia de cuanto le rodeaba, su mirada descubría lo que muchos no habíamos visto en nuestras precipitadas y afanosas correrías. Le propuse un programa de visitas, lo invité a espectáculos de moda, le hice un itinerario de paseos; todo fue aceptado por él con ciertas limitaciones.

Nos interesaba conocer a los escritores consagrados; Ramón tenía conquistado el derecho para que se le abrieran las puertas, él ya se había hecho sentir en el mundo literario.

En la casa de pensión en que se alojaba López Velarde, vivía en esa época don Balbino Dávalos, el traductor impecable de parnasianos y simbolistas franceses, magnífico poeta y experto diplomático. Don Balbino nos hizo la gracia de su amistad y de su conversación y nos ilustró sobre rasgos de carácter, señas y domicilios de algunos escritores que nos interesaba conocer.

"A José Juan Tablada hay que verlo en su casa de Churubusco, allí se entrega al cultivo de las letras y también al de flores y frutas raras", nos dijo don Balbino. Me interesaba conocer a José Juan; pensé que al presentarle a López Velarde, tan castizamente mexicano, rectificaría él la información sobre el origen y procedencia de nuestro poeta provinciano.

Allá nos encaminamos por la entonces maravillosa calzada de Tlalpan, en uno de aquellos días en los que desde el tren eléctrico se ven en el oriente los volcanes teñidos de cobalto.

La tarde diáfana, las soberbias arboledas y los campos cultivados, fueron digna antesala para llamar a la puerta del artista José Juan Tablada.

José Juan era enemigo de la mediocridad. Como tantos poetas "que en el mundo han sido", fue acosado por limitaciones económicas, pero nunca se rindió al asedio.

El sabía que la compañía de las musas no era la más válida para conquistar alguna bonanza y alguna vez se embarcó en actividades mercantiles. Vendió vinos a sus amigos acaudalados y obtuvo un contrato del Ministerio de Instrucción Pública para fundar el Club Olímpico, establecimiento de educación física al que los estudiantes de las escuelas profesionales teníamos libre acceso. Por el camino del atletismo y del jiu-jitsu se convirtió en admirador del Ja-

pón y de los japoneses. Un noble mecenas mexicano —creo que fue don Jesús Luján— le brindó la oportunidad para que pasara un año en el Japón. A su vuelta trajo no solamente sedas y estampas, sino bellos poemas de sabor oriental y compuestos durante su permanencia en Tokio. Rafael López le llamó desde entonces poeta-chino.

Introdujo en México el haikái, que dentro de su brevedad y su pulimento de piedra preciosa, se avenía bien con su modo de ser. Tablada fundía en una sola frase las esencias de un gran poema. José Juan era fastuoso y decorativo, tenía una colección de kimonos de seda y preciosos grabados de artistas chinos y japoneses. Por aquella época se daba el lujo de tener un ayuda de cámara japonés.

Su casa de rústica apariencia, se veía rodeada de un huerto minuciosamente cultivado; el ayuda de cámara también era su jardinero y había conseguido aclimatar

variedades de rosas y crisantemos fantásticos. Ramón y yo lo seguimos por los vericuetos de tierra apisonada, en tanto que él nos iba dando los nombres de aquellas flores raras.

Después nos instalamos en su estudio. El bibliófilo tenía preciosas ediciones y el coleccionista de "Bric a Brac" se ufanaba de sus estatuillas griegas y renacentistas. También figuraban en sus estanterías valiosos ejemplares de urnas, máscaras y jades labrados por nuestros indios de América.

Su asistente le trajo uno de sus kimonos historiados; le quitó las botas de goma con las que trabajaba en el jardín y le puso unas sandalias de seda. En seguida nuestro anfitrión, dirigiéndose a su ayuda de cámara en lengua japonesa, le dio las instrucciones para que sirviera el té a la manera oriental. El entrenamiento de José Juan en la gimnasia calisténica le permitió sentarse en el piso con toda soltura y ele-

gancia, en tanto que nosotros nos acomodábamos en un diván de bambú.

El poeta nos reconocía beligerancia literaria y nos invitaba a hablar; nos interrogó en forma delicada sobre nuestros planes y nuestros problemas. Con su gracia maliciosa y muy salpimentada, hizo referencias a los escritores y poetas de su tiempo, algunos de ellos compañeros suyos en la secretaría de don Justo Sierra o en la redacción de "El Imparcial" y de "El Mundo Ilustrado". Tablada fue muy exigente, eran pocos los escritores de su tiempo a quienes veía con acatamiento.

Antes de despedirnos le llamé la atención sobre la hoja del suplemento literario arreglado por él, en donde presentaba a López Velarde como poeta español. El no se atrojó por el escamoteo; con toda naturalidad nos dijo que había encontrado en el poema "A la gracia primitiva de las aldeanas" un sabor muy castizo y que al no tener referencias precisas sobre el autor, lo creyó español: "por supuesto —agregó

dirigiéndose a López Velarde—, que sus versos son mejores que los que escriben los poetas peninsulares de hoy . . ."

En un apretón de manos iniciamos con José Juan Tablada una amistad perdurable. Ramón y yo siempre le fuimos fieles y él nunca nos falló. Para López Velarde, el influjo de José Juan fue estimulante; Tablada por su parte declaró a Ramón López Velarde el príncipe de los poetas mexicanos y no negaba que mucho había aprendido de él; su admiración para el poeta de la provincia se hace verbo imperecedero en el "Retablo" que le dedicó como epitafio, obra en la que funde el estilo de los dos poetas.

Aquella tarde de nuestra visita a José Juan, volvimos los dos provincianos con la embriaguez de quien se asoma a un mundo mágico; en el viaje del tren eléctrico que ahora se considera lento y entonces nos pareció muy rápido, repasamos los episodios de la jornada con candorosa y

profunda gratitud para el poeta que nos había recibido señorialmente.

"Si no fuera por sus aficiones orientales —me decía Ramón—, podríamos decir que hemos conocido a un príncipe del Renacimiento..." Tablada participó de la mentalidad de los príncipes y condottieros que fueron protectores de las letras y de las artes. Fue burlón, refinado y a veces sardónico y desdeñoso para el vulgo y la mediocridad artística o literaria; pero cuando negaban valores que él consideraba auténticos, se convertía en el más entusiasta y convencido animador del recién llegado al torneo de las bellas artes. No solamente López Velarde le debió palabras de aliento, hay que recordar sus crónicas en las que enaltecía desde sus comienzos a Diego Rivera, a Clemente Orozco, a Fernández Esperón, a Carlos Chávez; casi nunca falló en sus vaticinios.

En el estudio de Saturnino Herrán que se había vuelto nuestro remanso y nuestro ateneo, conocimos algunos meses después

a Efrén Rebolledo. Le contamos al poeta hidalguense los episodios de nuestra primera entrevista con José Juan Tablada. El socarrón y al mismo tiempo agudo poeta, nos dijo con un tono de elegante escepticismo: "José Juan es un gran señor desde luego, pero le gusta deslumbrar a los desconocidos y a los principiantes. Yo he vivido más de diez años en el Japón y por más que tomé empeño, nunca pude tener dominio del idioma japonés, esas conversaciones de José Juan con su ayuda de cámara eran diálogos sobreentendidos..."

Tablada fue un actor afinado y elegante en el tabladillo de la vida. A despecho de sus evasiones "estelares" nunca perdió el contacto con la realidad mexicana; en su juego de agudezas e ironías hubo siempre lugar para una tierna y candorosa alabanza para su México. En Nueva York lo visité varias veces; solía invitarme a su casa del Bronx, a la que fui cierta vez en compañía de Laurita y Jorge, mis hijos mayores; en tales ocasiones, para mejor

recibir a sus huéspedes, él mismo iba a la cocina a preparar platillos mexicanos.

Múltiple y contradictoria personalidad de José Juan Tablada, fue uno de nuestros poetas grandes, conversador ingenioso, irónico comentarista, crítico sagaz, se vio envuelto en las inquietudes de su tiempo y sus pecados y sus cualidades estuvieron a tono con el clima político y moral de toda una época. En sus crónicas y hasta en sus versos hay como un hilo conductor en el que se engarzan "los días y las noches" de medio siglo de historia del arte en México.

LA PATRIA, LA MUJER Y LA MUERTE EN LA POESIA DE RAMON LOPEZ VELARDE

(1888-1921)

El pueblo de México ama a sus poetas; por una fina intuición sabe que ellos enaltecen a la patria y descubren las esencias del alma nacional. En Ramón López Velarde concurren elementos disímbolos y toman forma mensajes dispersos; él vio lo invisible para el común de los mortales. Fue un mexicano del interior; esto quiere decir que no nació en la ciudad de México; por eso se le considera como poeta provinciano.

Su ciudad natal, Jerez, en el Estado de Zacatecas, lugar castizo y sonriente, oasis

enmedio de llanuras sedientas; es una zona a donde no llega el ferrocarril. La pequeña ciudad conserva su señorío antañón, circundada por un río generoso que calma la sed del hombre y de la bestia, que nutre los árboles de la alameda y las flores y los frutos de las huertas lugareñas.

El hecho de que la niñez del poeta haya corrido en una ciudad de siete u ocho mil habitantes, tuvo gran resonancia en su obra; el pequeño mundo que le rodeaba le dio una visión clara del carácter de sus vecinos y de los problemas y reacciones de sus coterráneos.

El Estado de Zacatecas linda con Aguascalientes, Jalisco, Durango, Coahuila y San Luis Potosí, inmensa comarca en que las tradiciones artísticas están muy arraigadas; el trato familiar es fino y discreto y la vida diaria corre con un ritmo de suave espiritualidad. A esa parte de nuestro territorio se le llama "corazón de la provincia mexicana"; una cierta sencillez y modestia se respiran en el aire junto

a un afán de penetrar en la esencia de las cosas humildes.

Con ese bagaje de experiencias y una sólida información intelectual se aprestó a la lucha en la capital de la república, en donde Ramón López Velarde, en el correr del tiempo sería consagrado como el príncipe de los poetas mexicanos.

El perímetro de su poesía abarca todos los linderos de la patria; el aspecto físico y la tradición heroica; el paisaje lugareño y las costumbres de sus habitantes. Por todos los caminos de México se nos aparece López Velarde con señorío de artista e intuición de iluminado que descubre un mundo nuevo para que surjan del caos las facetas luminosas de la patria. La patria de carne y hueso fue preocupación fundamental de su poesía.

Su poema mayor en alcance y dimensiones se titula *La suave patria*, esa obra exalta a México en lo que tiene de realidad oculta y sutil y de paisaje humano y sensible. A despecho de que se trata de un

poema en algunos aspectos impenetrable, llegó al pueblo por los senderos de la simpatía y de la emoción recóndita que lo inspiró. Canto patriótico, escrito en "épica sordina", se considera como un espejo de la fisonomía del pueblo mexicano; el hombre sencillo lo considera como su segundo himno nacional. Es muy difícil que en el ancho mundo exista una interpretación del alma de un país escrito con tan entrañable ternura y con la mano firme de un artista certero y refinado.

La suave patria, que se publicó después de la muerte del poeta, fue uno de sus últimos poemas; López Velarde había venido madurando su estructura desde tiempo atrás: en su ensayo que se titula "Novedad de la patria", encontramos anticipos sobre el plan general de su obra maestra. En esa pequeña prosa dice: "Han sido precisos años de sufrimiento para concebir una patria menos externa, más modesta y posiblemente más preciosa." En esa frase hay entrañable nostalgia cuando nos dice:

"nuestro concepto de la patria es hoy hacia dentro"; él quiere recordarnos los oropeles de la dictadura con su externa grandeza; más adelante escribe: "una patria no histórica ni política sino íntima . . . inmune a la afrenta así la cubran de sal". Así nos invita a la introspección emocionada para purificar y fortalecer nuestro patriotismo.

Fijó en ese ensayo las características de la mexicanidad, alude a la patria llamándola "castellana y morisca, rayada de azteca", así precisa nuestra genealogía y al referirse al mexicano lo define de este modo: "nuestra urbanidad genuina sirviendo de fondo a la violencia . . . la alquimia del carácter mexicano no reconoce aparato capaz de precisar sus componentes de gracejo y solemnidad, heroísmo y apatía, desenfado y pulcritud, virtudes y vicios . . ."

El amor a la patria se vitaliza y enaltece en el amor y el culto a la mujer mexicana. López Velarde fue un poeta sacudido por la fiebre amorosa; su erotismo es

fuerte, sano y profundo, el tema del amor es el "ritornello" de su poesía y así dice de sí mismo: "Dios, que me ve que sin mujer no atino en lo pequeño ni en lo grande, diome de ángel guardián un ángel femenino."

Adquirió un tono trascendente el mensaje de su poesía amorosa que se remonta hasta la madre Eva y cristaliza en el amor castizo que dedica a una muchacha lugareña. En una página dice a la madre Eva: "Tu corazón consanguíneo del de la pantera y del del ruiseñor", como si el canto del ave milagrosa le hiciera pensar en la cruenta agonía de un amor salvaje y más adelante le pide a la madre de Caín: "Pon mi desnudez al amparo de la tuya, con el candor aciago con que ceñiste el filial cadáver cruento"; reminiscencia bíblica en la que rinde homenaje a la primera mujer y se siente ligado a ella por el amor en un cuadro de tragedia.

Un temblor místico y sensual corre por toda la obra de López Velarde, algunos lo

interpretan como huella de su vida de seminarista que se atormenta con las tentaciones de la carne. Al tocar las cuerdas del amor primerizo alcanza tonos de "imberbe congregante" con su voz de niño cantor; así, a la novia pueblerina le dice:

Amada, es primavera,
Fuensanta, es que florece
la eclesiástica unción de la cuaresma...

. . . . . .

Se viste el cielo del mejor azul
y de rosas la tierra,
y yo me visto con tu amor...

Cuando descubre que el cuerpo de la delicada criatura se vuelve quebradizo y falla su salud, el poeta se siente invadido de ternura fraternal y con recóndita congoja escribe esta salmodia:

Ya no sé si estoy triste por el alma
de mis fieles difuntos
o porque nuestros mustios corazones
nunca estarán sobre la tierra juntos.

. . . . . .

Fuensanta:
¿tú conocer el mar?

. . . . . .

Hermana:
dame todas las lágrimas del mar . . .

Al irse apagando la vida de la doncella que fue su primer amor, el poeta escribe una elegía titulada: "Hoy como nunca . . .", y al evocar a la amada enferma la pinta como

. . . una sufrida
blancura que se asfixia bajo toses y toses,

y la llama con estas palabras:

Hoy, como nunca, es venerable tu esencia
y quebradizo el vaso de tu cuerpo,
y sólo puedes darme la exquisita dolencia
de un reloj de agonías . . .,

y luego agrega:

Mi espíritu es un paño de ánimas, un paño de ánimas de iglesia siempre menesterosa.

Esa elegía que el poeta entona ante la gravedad de *Fuensanta* con el "clamor cavernoso y creciente de un salmista", no se extingue jamás, solamente se eclipsa en una etapa de su vida, cuando encuentra a la mujer que le inspiró los cantos de madurez que figuran en su libro *Zozobra*, a la que llama Magdalena:

... Magdalena, me deslumbro
en tu sonrisa férvida; y mis horas
van a tu zaga, hambrientas y canoras,
como va tras el ama, por la holgura
de un patio regional, el cortesano
séquito de palomas que codicia
la gota de agua azul y el rubio grano.

Ese amor de la plenitud de los treinta años quedó trunco por caprichos del destino y al descubrir el poeta las evasivas de la mujer amada le dice:

Prolóngase tu doncellez
como una vacua intriga de ajedrez.
. . . . . .
... despilfarras el tiempo y la emoción...

. . . . . .

Yo despilfarro, en absurda espera,
fantasía y hoguera.

Esa frustración de los grandes amores en la vida del poeta, lo hizo exclamar más tarde: "yo en realidad me siento un sacristán fallido" . . . "Vale más la vida estéril que prolongar la corrupción más allá de nosotros"; la corrupción, no se refiere a los "vicios del siglo", sino a la corrupción y la gangrena de la fosa mortuoria.

López Velarde fue invadido en plena juventud por la obsesión de la muerte; ese presentimiento, frenador del impulso de sobrevivirse, lo hizo exclamar alguna vez: "El hijo que no he tenido es mi verdadera obra maestra."

En su libro póstumo: *El son del corazón*, abundan las premoniciones sobre su cercana muerte; López Velarde "Murió a los treinta y tres años de Cristo y en poético olor de santidad", según lo dice José

Juan Tablada en su jaculatoria enternecida.

El poeta empezó a oír en sus horas de soledad las voces de la doncella del primer amor y esos llamados aparecen en varios poemas de su última época.

Así en uno titulado "La Ascensión y la Asunción", escribió:

Vive conmigo no sé qué mujer
invisible y perfecta . . .,
. . . . . .
su corazón de niebla y teología,
abrochado a mi rojo corazón,
. . . . . .
Vuela de incógnito el fantasma de yeso,
y cuando salimos del fin de la atmósfera,
me da medio perfil para su diálogo
y un cuarto de perfil para su beso . . .

La mujer invisible y el fantasma de yeso se van fundiendo poco a poco hasta delinear el perfil de *Fuensanta* en el poema: "Qué adorable manía", en el que aparece esta melancólica evocación:

Por darme el santo y seña
se ata debajo de la calavera
las bridas del sombrero de pastora.

Con ese apóstrofe nostálgico identifica a la joven provinciana, a la que acompañara en las praderas de su tierra nativa.

En otro poema escrito pocos días antes de su muerte, "El sueño de los guantes negros", renace la amada que se había vuelto para él una sombra de ultratumba:

De súbito me sales al encuentro,
resucitada y con tus guantes negros.
. . . . . .
Para volver a ti, le dio su vuelo
el Espíritu Santo a mi esqueleto.
. . . . . .

Al sujetarme con tus guantes negros
me atrajiste al océano de tu seno,

Estas llamadas de la muerte se vuelven agudas y perentorias en los últimos poemas de López Velarde; como si hubiera

recibido el mensaje urgido de *Fuensanta*. "El sueño de los guantes negros" quedó escrito en un "borrador" y con algunas líneas ilegibles como un símbolo de su vida trunca.

Murió el 21 de junio de 1921. La Cámara de Diputados declaró duelo nacional por su desaparición y en sus funerales, el poeta Alfonso Cravioto lo llamó "el joven abuelo", título de que López Velarde se había valido para exaltar a Cuauhtémoc, el símbolo inmaculado e incorruptible de la patria mexicana.

El poeta provinciano se considera como arquetipo de mexicanidad, su emoción frente al paisaje, su ternura para la mujer, su culto a la tradición, son tan auténticos y profundos, que algunos escritores han dicho que *La suave patria* es una estampa al mismo tiempo real y sublimada de México.

El caso de López Velarde parece cortar toda discusión sobre el valor de lo nacional y de lo universal en la obra de arte. Siendo

su poesía esencia de la más limpia mexicanidad, mantiene contacto y recibe influencias de los grandes escritores de otros países y latitudes. Desde luego de los españoles del Siglo de Oro, Góngora y Gracián en primer término y en seguida Santa Teresa, Garcilaso y Quevedo; esas influencias vinieron por los caminos de lo barroco y lo conceptual, tanto como de lo místico y lo picaresco, que son reflejos luminosos de la literatura castellana.

La poesía contemporánea de España interesaba poco a López Velarde y entonces se inclinó hacia las letras francesas. No fue fortuita la dedicatoria de *La sangre devota*, al espíritu de Manuel Gutiérrez Nájera, el más afrancesado de los poetas modernos de México y al mismo tiempo esencialmente mexicano.

La finura, la justa medida, la virtud de sugerencia y el matiz de intimidad de la poesía francesa, penetraron hasta las entrañas de López Velarde. Se encuentran en su obra frecuentes alusiones a Baude-

laire, a Banville y a Mallarmé, entre los franceses de varias escuelas y también a los poetas franco-belgas Verhaeren, Maeterlinck y Rodenbach; abrevó también en las fuentes de los prosistas franceses Pascal, Montaigne, Barbey D'Aurevilly, Mme. de Sévigné, Jules Lemaitre y Anatole France. Las lecturas francesas enriquecieron su bagaje espiritual y los recursos del "oficio", pero no lo desviaron de su ruta; su trayectoria fue genuinamente mexicana y la esencia de su mensaje fiel al sentir y al pensar de su pueblo.

López Velarde era dueño de una alta dignidad humana; de un temperamento artístico que recogía las inquietudes de su pueblo y un don de simpatía universal que lo acercaba a los grandes poetas de todos los tiempos y latitudes. Vive en el corazón de la patria con la vigencia de un símbolo que es la síntesis mejor lograda de los elementos esenciales de la mexicanidad.

LAS ULTIMAS JORNADAS DE LOPEZ VELARDE

OFRENDA EN SU XXV ANIVERSARIO

Desde años atrás hubo en Ramón López Velarde un vago presentimiento de su muerte prematura. Su catolicismo que a veces se tiñó de pagana sensualidad fue centro de rotación de su existencia. Los místicos de otras edades a los que conociera en su época de estudiante del seminario le dejaron el sabor de ceniza y le dieron la sensación de inestabilidad en todo goce terreno.

Los que vivimos cerca de él en sus últimos días y lo acompañamos casi a todas

horas, éramos sorprendidos por algunas evasiones y ausencias del poeta. A veces en el curso de una charla animada se detenía de improviso en el cruce de alguna calle céntrica de la capital y se despedía de sus amigos con cierta premura. Con frecuencia emprendía a pie la vuelta a su casa situada en la colonia Roma. Noches obscuras y lluviosas servían de fondo a esas escapatorias. Caminaba lentamente y por senderos poco transitados, ponía en práctica aquella "costumbre heroicamente insana de hablar solo", a que alude en "Mi prima Agueda". Al llegar a su domicilio ya se perfilaba en su memoria algún poema íntegro, compuesto al amparo de la soledad y aconsonantado con el ritmo de sus pasos. Así nacieron páginas que participan de sentido esotérico y nocturna divagación, rimadas en diálogos con los muertos y visiones de eternidad.

Algunos de esos poemas los retenía en la memoria por varias semanas, eran tan consubstancialmente suyos que no los con-

fiaba al papel. Solía escribirlos más tarde en el reverso de cartas o sobres que traía en el bolsillo. Tal ocurrió con sus versos "El sueño de los guantes negros", "Si soltera agonizas" y "Qué adorable manía", cuyos originales fueron encontrados en "la bolsa de pecho" de su saco después de su muerte; algunos renglones escritos con lápiz aparecían ilegibles.

Esos poemas concebidos lejos del ruido cotidiano, en comunión y coloquio consigo mismo y en fuga de la hora y hasta del planeta se descubren en todas las etapas de la ascensión lírica de López Velarde. "Hermana, hazme llorar", "En las tinieblas húmedas" y "La tejedora", aparecen en su libro *La sangre devota*; "Hoy como nunca", "La lágrima", "Anima adoratriz" y "Todo" en *Zozobra*; y "Treinta y tres", "Gavota", "La Ascensión y la Asunción", "Si soltera agonizas", "¡Qué adorable manía!" y "El sueño de los guantes negros" en *El son del corazón*. Quien quiera descubrir la vibración cósmica del espíritu de

López Velarde debe repasar esos poemas de tono elegíaco y decoración de media noche, en ellos más que otro alguno encontrará la huella de su paso por la tierra, la clave de sus quebrantos amorosos y las confidencias de una alma que oía el llamado de sus muertos.

Poemas extensos unos y otros breves, todos ellos trazados en la obscura pizarra de la soledad, mantenidos en la memoria hasta que tomaban su esencia como si se tratara del buen vino en odres de barro. Cuando sus confidentes más fieles recibíamos las primicias de ellos no acertábamos a pronunciar palabra, nos embargaba una respetuosa emoción frente al poeta que vivía la "vida de todos y de todas" en estado de gracia y en perpetua combustión interior.

*

Fue Ramón López Velarde un hombre estoico y medido; ni ruidosa alegría, ni

lamentaciones o quejas figuraban en su modo de ser. Sus tragedias mínimas o sus grandes dolencias espirituales apenas se vislumbraban en su obra lírica; allí quedaron sus confesiones articuladas en un lenguaje en que se descubre el respeto para sí mismo y para los demás. No permitía que se hicieran comentarios sobre sus conflictos amorosos; cuando algún compañero desaprensivo quiso hacer frases más o menos oportunas alrededor de la heroína de uno de sus libros no volvió a dirigirle la palabra.

En esos poemas en que hay premoniciones de muerte y despedidas angustiosas para las mujeres que amó se encuentra la clave de toda su vida y la marca de sus últimos pasos en la tierra. De la patria se despidió como un gran señor que deja una herencia capaz de multiplicarse y de pasar de una a otra generación.

La mexicanidad de López Velarde fue substantiva y concéntrica, la patria era pa-

ra él la suma de las virtudes de sus mujeres, algo que es principio y fin en sí mismo.

El renacimiento de México después de la Revolución lo enaltece en un ensayo que se titula "Novedad de la patria". Hubo en él apremiante urgencia de enaltecer a su patria antes de despedirse para siempre, había que cantar la epopeya en sordina, había que escribir el trasunto del México de carne y hueso. Tal fue la génesis de *La suave patria.*

El había visto partir la mujer amada; "yo estoy en la ribera y te miro embarcarte", escribió en ese trance; ahora era él quien subía a la barca pero antes le dice su mensaje a la patria, no con "dramáticos adioses" sino "entre risas y gritos de muchachas" que se dibujan en una lontananza en la que se funden las melodías del México entero.

A *Fuensanta* la vio en sus últimos días como a un "sonoro esqueleto peregrino" que le daba el "santo y seña" para el gran viaje, en tanto que a su México le dice

adiós con el recuerdo de la tierra mojada que anuncia la fecundación de las espigas del maíz. Cuando exclaman "con tu mirada de mestiza, pones la inmensidad sobre los corazones", escribe esas líneas con la misma intención con que invoca a la dulce sombra de "El sueño de los guantes negros"; "y nuestras cuatro manos se reunieron —en medio de tu pecho y de mi pecho— como si fueran los cuatro cimientos de la fábrica de los universos". Inmensidad y lejanía en el horizonte, música de las esferas en el espacio infinito, amor incorruptible y sublimado se prenden en el espíritu de López Velarde cuando habla de la amada que se fue y de la patria que revive en cada amanecer.

*

La suave patria quedó fundida en su molde permanente dos meses antes del tránsito del poeta. Por las fechas en que sufrió la agresión de la implacable en-

fermedad, Ramón estaba corrigiendo las pruebas de su poema.

Fiebre, cansancio y sensación de asfixia agobiaban a nuestro paciente; se prohibieron las visitas porque la angustia respiratoria se agravaba cuando tenía que hablar por algún tiempo. Una de sus últimas conversaciones fue con Agustín Loera y Chávez. Agustín me pidió que yo lo introdujera a la estancia de Ramón, quería no solamente saludarlo sino al mismo tiempo hacerle entrega de su sueldo devengado como redactor en la revista "El Maestro". Fue el último empleo que tuvo Ramón, lo aceptó gracias a la insistencia afectuosa del licenciado José Vasconcelos. El no quería puesto visible en el gobierno, tenía sus razones de orden político.

Con gesto amigable Vasconcelos lo comisionó en la redacción de "El Maestro" para que se dedicara a escribir sobre lo que él quisiera. Loera y Chávez, jefe de redacción de la revista, gran amigo y fiel admirador de López Velarde, le dispensó no

solamente el trato considerado sino que con todo respeto lo dejó en libertad para hacer su trabajo.

Ramón era hombre de profunda delicadeza, lejos de ver su comisión como una canonjía se dedicó a su tarea con constancia ejemplar. Permanecía en su oficina hasta las horas del atardecer, allí, en aquella casona de las calles de Gante o San Juan de Letrán, solíamos buscarlo el generoso y grande amigo nuestro don Ignacio Gastéllum, además de Jesús B. González, Rafael Heliodoro Valle, Rafael López y Guillermo Castillo Tapia; con frecuencia citábamos allí a Jesús López Velarde, el hermano inseparable, gran animador de nuestras charlas del café.

Al vernos a Loera y Chávez y a mí, Ramón se puso de pie y se acomodó en un sillón. Durante casi todo el curso de su enfermedad se opuso a "guardar cama" como se dice en México . . . Le hicimos señas de que no hablara . . . Tengo presente como si esto hubiera sido ayer que las pa-

labras que dirigió a Loera y Chávez fueron para "agradecerle su eficacia, y para preguntarle: ¿Ya vamos a salir?", se refería al número de la revista que estaba en prensa; él era como un artesano en la tarea y necesitaba saber si el trabajo iba en marcha... Esta escena ocurrió la víspera de su muerte; pocos días después apareció por primera vez *La suave patria* en el número de turno de la revista "El Maestro". Vasconcelos nos había pedido a Jesús B. González y a mí que lo tuviéramos al tanto de la marcha de la enfermedad de Ramón. Cuando le comunicamos el desenlace nos pidió que solicitáramos permiso de la familia de López Velarde para que fuera velado en el Paraninfo de la Universidad y se le hicieran honras fúnebres como tributo del Estado. El gobierno tiene obligación de rendir este homenaje al poeta más grande del México contemporáneo, nos decía el licenciado Vasconcelos. Su madre y sus hermanas se resistieron un poco, querían tenerlo todavía bajo el techo de su

casa de la avenida Jalisco número 71. Algunas horas después dieron su consentimiento para que fuera trasladado a la Universidad.

El duelo de los intelectuales y de los poetas de México fue unánime. Profesores y estudiantes de la Escuela Nacional Preparatoria en la que él había sido profesor, redactores de los periódicos en los que él había colaborado, maestros suyos en la facultad de Altos Estudios desfilaron ante sus restos con emocionada reverencia.

En el panteón Francés Alfonso Cravioto, a quien Ramón tanto quería, dijo una soberana oración fúnebre; en esa hora Cravioto glosó las propias palabras que López Velarde dedica a Cuauhtémoc, cuando le llama el "joven abuelo". El amigo que hoy nos arrebata la muerte artera dijo el oficiante, será para siempre el "joven abuelo" de los poetas mexicanos.

En esa época era yo miembro de la Cámara de Diputados. Al concurrir a la se-

sión la misma tarde del sepelio de Ramón López Velarde encontré a Juan de Dios Bojórquez muy activo recogiendo firmas en un pliego redactado por él, era una iniciativa para que se enlutara la tribuna por la muerte del poeta. Con aquella cordial exuberancia y compañerismo generoso muy suyos, Bojórquez me invitó para que yo fundara la moción. El diputado por Sonora argüía de esta manera: La Universidad le ha hecho honores, Cravioto, que es senador ha dicho su magnífica oración fúnebre, ahora en nombre de todo el pueblo de México la representación nacional debe rendirle tributo —la perturbación de ánimo porque yo pasaba no era poco propicia para intentar un discurso como la ocasión merecía—. Juan de Dios se impuso con su amistosa actitud para conmigo y subí a la tribuna para decir unas palabras inválidas y entrecortadas por la emoción.

Al terminar mi ofrenda verbal todos los miembros de la Cámara de Diputados se

pusieron de pie en conmovido silencio. Ellos comprendieron que se había apagado para siempre la voz del más fiel cantor de su patria.

LA PATRIA DE CARNE Y HUESO

Suave patria: te amo no cual mito,
sino por tu verdad de pan bendito.

RAMÓN LÓPEZ VELARDE.

López Velarde vivió sus últimos días saturado de las más limpias y puras esencias de la mexicanidad; absorbido por el empeño de dar forma tangible a lo que él llamaba la "Realidad de la patria".

Rubén Darío habló de "Las musas de carne y hueso" desde el "magnavoz" de París; López Velarde dijo en tono de intimidad su oración y su alabanza a la patria auténtica. Rubén el dionisíaco pensaba en las musas de Francia al compás de un

desnudo de Renoir o de una cadencia de Debussy. El champaña encendía la sangre del poeta de América, las brisas de la Isla de Francia le llegaban con los aires de Versalles y los perfumes del Mediterráneo. La palabra musa casi no entra en el vocabulario del poeta de nuestros días; hay resistencia y rubor para usar los vocablos que fueron pasto de la retórica.

López Velarde desde la ciudad de México contempla la inmensidad de la patria y la canta en "épica sordina". No la ve vestida a la última moda ni envuelta en brumas exóticas, la evoca en su grandeza entrañable y en su castiza humildad.

El poeta nos invita a un viaje por caminos en los que el eco de nuestros pasos es como el ritmo de nuestra vida interior. Por obra de la distancia se nos impone la imagen de la patria sublimada y al mismo tiempo familiar y tangible. Nadie ha enaltecido más y mejor a la patria mexicana que sus poetas.

Las tierras del sureste que se dibujan en la cornucopia de Yucatán son para nuestra nostalgia *La tierra del faisán y del venado* de Antonio Médiz Bolio. Páginas en las que la fina sobriedad del paisaje se acopla con la entonación lírica; las aves decoran el cielo y la tierra y le dan tono a su música popular. El hombre y el animal nativo parecen desprenderse de las leyendas del *Popol-vu.*

Las selvas, las vertientes y costas del golfo se nos vuelven sonoridad cósmica y sinfonía tropical en el "Idilio" de Díaz Mirón. El parnasiano engarza un soneto y dice: "Eudora estaba como nunca bella", en una noche que invita al amor y al canto de la naturaleza exuberante y lujuriosa.

El paisaje y la decoración antípodas se despliegan en el norte bravío; el reverberar del sol en las estepas desoladas hace que la lumbre queme nuestras entrañas. "El idilio salvaje" de Manuel José Othón exclama: "y en nuestros desgarrados corazones el desierto, el desierto . . . y el de-

sierto . . ." Así con esa sonoridad entrecortada, para que nuestra conciencia la repita como eco lejano: "el desierto, el desierto . . ." Esa inmensidad desolada que en el poeta fue un estado de ánimo, corresponde a una dolorosa realidad; en los desiertos del norte de México el hombre vive calcinado en resignación heroica.

Al partir del Istmo de Tehuantepec oscila el panorama con el péndulo que va de uno a otro océano. En el Pacífico se dibujan las costas de acantilados en las que se rompe un mar bravío; golfos, esteros y bahías en los que se juegan la vida los bañistas o los pescadores. Se llama Mar Azul y sus ondas son verdes, violetas o sonrosadas como la irradiación de las piedras preciosas. Ventana de la patria que ve al oriente, hacia Cipango y Catay, de donde venían las naos con seda, marfiles, perfumes. Las mujeres de las costas occidentales de México son depositarias del misterio del Oriente lejano, recuerdan la seda y el marfil y también los aro-

mas refinados y las capitosas esencias. Más que la gran China fue la Arabia feliz la que les dio cadencia melódica e ímpetu apasionado. Como en las rimas de Bécquer la mujer es poesía.

En el espejo cóncavo del golfo el mar señala las rutas del Atlántico, por ahí partieron nuestras ilusiones de adolescentes y en la edad madura fue realidad viva lo que antes habíamos visto sólo en los libros. Las rutas de Occidente trajeron a México las primicias del Renacimiento y los restos del naufragio de una civilización. Mensaje cargado de sugerencias religiosas, científicas, filosóficas y artísticas en el que se mezclaban el afán de poder y de riqueza con la renunciación cristiana; el goce de la aventura efímera con el ansia de infinito y la ilusión de eternidad. Por la vertiente del golfo subieron a la Mesa Central los dones europeos; hombres blancos y barbados, plantas raras y animales extraños; los vinos y las modas, los libros prohibidos y los siete pecados capitales. Sangre afri-

cana pura o mezclada con la del explorador o del pirata; los instrumentos de navegar, las herramientas del artista y las del hombre de ciencia y también el arsenal del cirujano.

Caravanas seculares, marchas voluntarias o forzosas de seres humanos, a las que se agrega el contingente de los tres reinos de la naturaleza, marchan de norte a sur y de oriente a occidente y se extienden y se instalan en la altiplanicie y la Mesa Central; allí se amalgaman todos esos elementos para fundir una civilización elegante y complicada en la Mesa Central. Campos cultivados con regla y escuadra, lagunas que parecen aguas vivas de esmeraldas, ciudades coloniales de gran estilo, templos asombrosos distribuídos con ancha generosidad.

Los volcanes y serranías que culminan en la altiplanicie despliegan su perfil de líneas circunflejas sobre un cielo de profundidad luminosa, los valles ven correr las aguas quietas o bravías. Montañas de

leyendas mitológicas en las que alternan guerreros y princesas indígenas, ríos que nacen en las nieves eternas y recorren fabulosas distancias antes de llegar al mar, hondonadas que parecen no tener fondo, inmensidad que se adivina en el horizonte ilimitado de la patria.

EL INDIO EN LA INMENSIDAD

Suave patria: Tu casa todavía
es tan grande, que el tren va por la vía
como aguinaldo de juguetería.

Y en el barullo de las estaciones,
con tu mirada de mestiza, pones
la inmensidad sobre los corazones.

En *La suave patria* se funden el espíritu y la carne, el hombre y la naturaleza, la intención y la obra. Medio físico, paisaje y horizonte están subordinados al elemento humano, al hombre y a la mujer de carne y hueso.

La inmensidad de la patria es albergue de indios, criollos y mestizos, así en esa secuencia cronológica. El indio vive diseminado por los cuatro puntos cardinales de México; es él quien le da carácter a nuestra historia, arraigo a nuestras tradiciones, originalidad a las artes vernáculas. Esa nostalgia elegíaca de López Velarde que dice: "la inmensidad sobre los corazones", revela ternura y simpatía por los seres olvidados.

Adivinamos al indio maya, el del pensamiento cósmico y la actitud filosófica frente a la vida; al mixteco y al zapoteca de inteligencia clara y pasión por la vida pública; al tarasco que proyecta su mundo interior en los colores y dibujos de sus lacas y en sus cantos en lengua nativa que suenan como el trino de las aves. El indio mexicano no es sólo arqueología o pintoresco y sonoro folklore; es a menudo tragedia de la vida humilde.

Ahí está el otomí que trabaja en sus cuevas de cal como en una "tumba blan-

queada". La melancolía y la pobreza del indio es algo que no tiene fin. Esa inmensidad sobre los corazones de que hablara el poeta se nos vuelve angustia y quemadura. Se habla de resistencia del indio; estoicismo del indio, sobriedad del indio, quién sabe si esas sentencias sean sordina para apaciguar los remordimientos.

Que no se hable de incorporar al indio a la civilización. ¿Cuál civilización? La de ayer y la de hoy han sido con frecuencia crueles, injustas y ofensivas para el indio. Hay que acercarse a él con calor de simpatía y de comprensión, con respeto y comedimiento.

El indio mexicano tiene sus propias ideas y es preciso descifrarlas con la inteligencia alerta; tiene necesidades y aspiraciones que deben conocerse con claridad antes de iniciar cualquiera tarea en su favor.

Que se comience con las obras tangibles; la vivienda, la alimentación, el saneamiento, esa es una base común a todos los hom-

bres; que vengan luego las comunicaciones, la enseñanza agrícola, la educación rural y en seguida la recreación y los estímulos morales que le den cierta alegría de vivir.

Los investigadores no deben olvidar que sus hallazgos sobre el indio de ayer tienen que ir junto al empeño de ayudar al indio de hoy; los artistas a quienes el indio sirve de tema y de inspiración están obligados a ennoblecerlo en sus atributos humanos, los ciudadanos generosos y con sentido de responsabilidad tienen que entender que el indio mexicano es la parte más sensible y dolorida de la patria de carne y hueso.

JESUS BUENAVENTURA GONZALEZ A LA SOMBRA DE RAMON LOPEZ VELARDE

Quiero evocar a Jesús B. González en la mejor época de su vida, cuando procedente de la linajuda villa de Zacatecas llegó a la capital de la república. Traía como íntimo bagaje una briosa juventud, su alegría de vivir y la gracia y el ingenio de su caudaloso buen humor. Cargaba sobre sus hombros graves preocupaciones y tuvo que afrontar las asechanzas del trágico cotidiano; él se sobrepuso a la momentánea adversidad y al día siguiente de su arribo ya estaba afilando sus armas para dar la batalla. Dotado de curiosidad intelectual,

de afán de saber y del don precioso de la simpatía, no tardó en abrirse camino. Fui yo quien desde sus primeras semanas de ajetreo metropolitano lo introdujo con artistas e intelectuales que él ansiaba conocer; el primero entre todos Ramón López Velarde.

Por entonces abrí un consultorio médico en la calle de Mesones, a dos puertas del estudio de Saturnino Herrán. En ese consultorio, ayuno de clientela, se daban cita mis amigos. En vista de que se veía desierto, me propuse tomar la revancha organizando lecturas literarias y ofreciendo reuniones sociales con la presencia de gloriosas amistades hechas en el club "Flor de Lis", que cada quincena daba bailes en la Sala Bucareli. En esa época vivíamos en las garras del "snobismo" y les llamábamos "tés" a nuestras fiestas vespertinas.

Nunca olvidaré el deslumbramiento del provinciano Jesús B. González cuando una bella tarde de otoño lo presenté a mis amigos en una reunión preparada en su ho-

nor a la que había invitado exprofeso a Ramón López Velarde y a Saturnino Herrán; asistía también una bella y discreta dama de la buena sociedad en compañía de su encantadora hija de dieciocho años.

Jesús era un hombre atento y delicad por naturaleza, se movía con soltura en la vida o en los salones y se preocupaba por no hacer papel secundario. Las damas tomaron a su cargo la preparación del té y poco después hicimos rueda para oír un nuevo poema de Ramón, cuya lectura les había anunciado a mis visitas.

Jesús había salvado del naufragio de Zacatecas sus trajes impecables de casimir inglés y ya comenzaba a usar la cinta y los anteojos a la manera de "Chamberlain el Viejo"; él se sentía muy inglés en sus preferencias de indumentaria. Antes de la lectura, hizo derroche de anécdotas y de cuentos de sabor provinciano, que cautivaron a los oyentes. Cuando vino la lectura del poema de Ramón, lo comentó con gracejo y malicia y de paso hizo un resumen

BIBLIOTECA NACIONAL UNIVERSIDAD DE MEXICO
FILOSOFIA

de la vida literaria de Aguascalientes, San Luis Potosí y Jalisco, algunos de cuyos escritores había dado a conocer en el periódico que él publicaba en su tierra titulado "La Voz de Zacatecas". A Jesús le preocupaba que no lo tomaran por un payo indocto y para demostrar su erudición, dirigió cumplidos a las damas comparándolas con heroínas de dramas de Linares Rivas, o de Benavente y a la joven fina y delicada que lucía trenzas rubias, la comparó con una "Gretchen" de las leyendas germánicas.

Ramón, que veía al trasluz y adivinaba el pensamiento, estuvo encantado con aquel torneo de frases pulidas en el que su paisano se apuntó un triunfo de hombre de mundo en la capital de la república; entretanto Saturnino Herrán ensayaba sus agudas ironías, arte en el que era maestro.

Después de que se despidieron las damas, se quedaron en mi departamento Ramón, Saturnino y Jesús; este último se sentía envuelto en una euforia desbordante.

Empezó a decir algunos versos de López Velarde que se sabía de memoria, al mismo tiempo que demostraba a Herrán que conocía su obra, y de paso habló de los títulos y de la historia de algunos de sus cuadros.

Jesús era un hombre sin hiel ni envidia, propenso a la admiración y a la generosidad; poco después se incorporó al grupo de los asistentes al estudio de Herrán y a la tertulia del despacho de aquel gran señor que se llamaba Ignacio Gastéllum, situado en la calle del Cinco de Mayo. Cuando nos despedimos aquella noche, nuestro provinciano ya les hablaba de tú a Ramón y a Saturnino. Para Chucho González, la amistad de López Velarde fue una fuente de elevación y de fortaleza; Ramón, por su parte, le dedicaba una simpatía estimulante. Como en esa época los tres estábamos en receso y vivíamos transitoriamente sin horario fijo ni obligaciones precisas, nos dedicamos a recorrer la ciudad y a planear

visitas a los poetas y escritores de nuestra predilección.

Llevamos a Jesús a la casa de Enrique González Martínez, quien nos presentó a Leopoldo de la Rosa y a Ricardo Arenales; nuestro zacatecano, que tenía la vocación periodística y literaria, apreciaba aquellas amistades como su mejor conquista; él tenía el don de "caer bien" desde el primer encuentro, y pasó lista entre los amigos cercanos de Arenales y de González Martínez.

Cuando comenzó el curso de estética del maestro Antonio Caso, a principios de 1915, allí estaba ya Jesús B. González en primera fila, tomando notas bibliográficas y aprendiendo sentencias de los filósofos del arte. En las conferencias del maestro Caso. Además de aprender mucho, hicimos amistades con los jóvenes intelectuales de la generación de 1915 y con damas de linaje intelectual, como Virginia Lozano, Eugenia Torres de Meléndez, Palma Guillén y Margarita Quijano.

El curso de conferencias del maestro Caso fue para Jesús una fuente de docta información; él que era autodidacto, encontró en la Escuela de Altos Estudios, un ambiente generoso de información literaria y filosófica. Discutía, inventaba chistes y "colmos" a expensas de sus compañeros y aprovechaba sus apuntes para hilvanar artículos o comentarios periodísticos.

Por aquella época en que éramos lectores asiduos de Anatole France, adquirí las obras completas de aquel incomparable novelista y las puse a disposición de Ramón López Velarde y de Jesús B. González. Leyeron juntos los treinta tomos de la colección; en los dos ejerció gran influencia el maestro de *El lirio rojo.*

El seudónimo "Buffalmaco" lo adoptó Jesús después de leer *El pozo de Santa Clara,* uno de los libros de Anatole France en que habla de sus andanzas por la Umbría en busca de las huellas de San Francisco y de los discípulos del Giotto. En la

obra de López Velarde se pueden descubrir renglones inspirados en las lecturas de Mr. Bergaret, de Jerónimo Coignard y de la *Rebelión de los ángeles*. La ironía de France los cautivaba.

López Velarde sirvió a Jesús no solamente como animador de sus aficiones literarias, sino en la tarea de abrirse camino en la lucha por la vida. Cuando Ramón fue hombre de confianza del licenciado don Manuel Aguirre, ministro de Gobernación del presidente Carranza; López Velarde redactó algunos documentos históricos de aquel régimen y parte de los informes al Congreso del régimen de don Venustiano.

Ramón, que era todo generosidad, ayudó a Jesús a colocarse en puestos que le dieran oportunidad de servir y de ganarse la vida como funcionario eficaz y competente; López Velarde fue factor decisivo para que más tarde Enrique Fernández Ledesma resultara electo diputado por Aguascalientes.

Jesús seguía fielmente los pasos de López Velarde, lo acompañaba al teatro, a las redacciones de periódicos, a su despacho de Madero y a su casa de Jalisco 71. Por ese tiempo se daban en el Teatro Colón las "astracanadas" de Muñoz Seca y "Buffalmaco" hacía que Ramón lo acompañara; se aprendía de memoria las tiradas de chistes que repetía al pie de la letra y los aplicaba a cada momento. De uno de los sainetes de Muñoz Seca extrajo Ramón un tratamiento afectuoso y familiar para Jesús González, al que por mucho tiempo llamó "mi querido Pepe". Fueron abonados a la ópera en las temporadas de la Bezanzoni, de Zenatello, Tito Ruffo, María Gay, Rosa Raisa y Claudia Muzio. Había que ver a Jesús exaltado ante el arte de aquellos cantantes de fama mundial. Gritaba y pedía repeticiones sin perjuicio de que cuando se les salía algún "gallo" o un falsete, se transformara en un terrible "cócora". Su entusiasmo llegaba al extremo de hacer "valla" a la sa-

lida de las estrellas del "bel-canto"; alguna vez se agregó a los que sacaron en hombros a Zenatello, después de una representación de *Aída*. A Ramón le hacían gracia aquellos estallidos jacarandosos de su paisano y él también le fue tomando gusto a la ópera; en sus prosas habla de la Bezanzoni como encarnación de la madre Eva. López Velarde entró en aquella temporada en una etapa de creación poética; sus íntimos íbamos conociendo uno a uno sus nuevos poemas, versos que fueron escritos bajo el signo de uno de los grandes amores de su vida.

Jesús B. González se aprendía de memoria los renglones ilustres y los recitaba lo mismo en el café que en la calle o en la oficina. Recuerdo que el sutil y burlón Artemio de Valle Arizpe hizo circular la especie de que López Velarde tenía una corte de satélites que imitaban su léxico y repetían hasta en la vía pública sus versos últimos. Contaba Artemio que al encontrarse a Jesús B. González en la calle,

aunque caminara por la acera opuesta, le gritaba: "Ya leíste aquello de 'tus nombres son una ara' y 'ya mi lluvia es diluvio' o lo de 'cabalmente refrescante e inicialmente ácida', o el poema de 'la gota de agua azul y el rubio grano'..." A López Velarde no le hacían gracia las bromas acerca de sus versos: él tenía un gran respeto por su poesía y le molestaba que hicieran frases jocosas a expensas suyas.

En *La sangre devota,* nos dedicó versos a sus amigos más cercanos; esta ofrenda entrañable nos enaltecía; a Jesús le dedicó su poema "A la bizarra capital de mi Estado". Esta beligerancia que Ramón le concedía a su paisano, le produjo arrebatos, se aprendió el poema y lo usaba en circunstancias inesperadas. Si se daba un tropezón, decía: "Altas y bajas del terreno, que son siempre una mala pasada." Y cuando oía la campana mayor de la catedral de México se acordaba de la de Zacatecas exclamando: "...me da lástima que no la escuche el Papa."

López Velarde se iba adueñando poco a poco de la tribuna poética de México. González Martínez, Rafael López y J. J. Tablada, José D. Frías, Jesús Villalpando, respetaban su jerarquía y le dedicaron ensayos críticos en los que lo consideraban como la revelación cumbre de una época.

Jesús reclamaba su parte como zacatecano y contribuyó a la consagración de Ramón escribiendo artículos para diarios y revistas. Por obra de contagio y desbordante admiración Jesús B. González quiso pasar lista como discípulo de Ramón y trató de hacer versos sentimentales o de nostalgia provinciana. Por esos días nos reuníamos en el despacho de don Ignacio Gastéllum en el Cinco de Mayo; allí se había instalado la redacción de la revista "Pegaso", que dirigían González Martínez y López Velarde. Todos los del grupo éramos "rabiosamente aliadófilos" y quisimos hacer nuestra campaña en defensa de Francia.

Una noche en que habíamos unos cuantos redactores, llegó Jesús B. González hermético y misterioso como si estuviera guardando algún secreto. Don Ignacio Gastéllum sabía algo y le había ofrecido a Jesús su intervención. Al efecto nos dijo con toda naturalidad: "No tienen ustedes más novedad que nuestro amigo 'Buffalmaco' ha hecho versos y quiere suplicarles que lo escuchemos porque desea brindarnos las primicias."

Jesús había escrito en Zacatecas libretos para sainetes teatrales y "calaveras" poéticas para la edición del día de muertos de "La Voz de Zacatecas", tenía facilidad para la rima jocosa y quiso salir por los caminos de la poesía lírica; extrajo de su bolsa de pecho los originales y comenzó a leerlos con voz emocionada. Eran versos incoloros, anodinos y un poco amanerados, escritos con la nostalgia de Zacatecas; en algunos de ellos pretendía seguir la línea de López Velarde y en otros

brotaba la vena romántica de su tío el zacatecano Nacho Flores Maciel.

Tuvo la mala suerte de presentarse ante un auditorio implacable. Corrió entre los oyentes como una consigna tácita, todos permanecimos callados al final de la lectura y se prolongó un silencio embarazoso; el primero en romperlo fue uno de los oyentes que era maestro en la ironía, quien le dijo a quemarropa: "oye Jesús, ¿esos versos los escribiste en mangas de camisa, o ya te habías vestido?; ¿fue en la mañana o en la noche cuando te vino el llamado de las musas?" Aquel comentario, que era a la vez un interrogatorio, produjo una explosión de risas crueles que Jesús quiso contrarrestar con algún chiste que en aquella vez no le salió.

La derrota lo hizo desplomarse en una melancolía reconcentrada; don Ignacio, para romper el hielo y endulzar la píldora, propuso que se levantara la junta de redactores del "Pegaso" y nos invitó a una de las famosas meriendas en el Café de

la Opera que estaba en la calle del Cinco de Mayo a pocas cuadras de su despacho. Ramón López Velarde y yo acompañamos a Jesús en la marcha por las aceras con el propósito de levantarle el ánimo.

Jesús se balanceaba de una a otra orilla de la banqueta, ésta era una manera muy suya de caminar cuando quería ponerse serio y empezó a monologar en voz alta, aunque en el fondo se dirigía a Ramón: "Ustedes son águilas caudales y cóndores de los Andes, son los elegidos, hacen versos inmortales, no comprenden a los que apenas subimos unos metros de la tierra como las golondrinas o las saltaparedes y no nos dejan levantar el vuelo." Por ese tenor iban sus quejas cuando Ramón lo interrumpió con todo comedimiento para decirle: "Mira, mi querido Pepe, la poesía es algo de 'ser o no ser', como dijera Hamlet, no es punto de complacencia o de amistosa simpatía, convéncete de que Dios no te llamó por ese camino y dedícate 'a lo tuyo', a tus crónicas ligeras o a tus

cuentos regocijados, pero no vuelvas a hacer versos." Aquella leal advertencia trajo a la realidad a Jesús y le disipó el humo de la derrota; además le hizo un gran bien, porque no repitió el intento de vagar por los Jardines de Apolo.

"Buffalmaco" siguió conquistando sus trincheras en la capital de la república y abriendo brecha en el periodismo, en la política y en las relaciones sociales; Chucho González fue uno de los hombres más populares en diversas esferas; él contaba con amigos entre la gente de teatro y de letras, entre civiles y militares, entre los de una u otra filiación política, entre músicos y autores teatrales; su presencia en los cenáculos era siempre bienvenida y su conversación una fuente de graciosa ironía o de alegre pasatiempo. Era entonces cuando López Velarde le decía: "Ese es tu género, ¿por qué no tratas de escribir como hablas, sin acordarte de que estás haciendo literatura?; déjate conducir por tu imaginación y tu energía vital, si logras

eso, ocuparás un sitio entre los humoristas de México, esa producción nos hace mucha falta para levantar el ánimo de nuestro pueblo como lo hiciera hace años Angel de Campo: 'Micrós', y ahora Pepe Elizondo..."

Cuando sobrevino la caída del presidente Carranza, Ramón López Velarde tomó la derrota como suya y se impuso un huraño alejamiento de la vida pública. No quería aceptar empleos o comisiones porque creía que con aquello traicionaba la memoria de "su padrino"; que así llamaba a don Venustiano. Después de haber ocupado puestos públicos de importancia, contaba Ramón con un capital de quinientos pesos, con los que pensaba poner una planta avícola. Cuando le comunicó aquel plan a José Juan Tablada, éste hizo una de sus famosas frases: "Hombre, Ramón, en México todo el mundo quiere hacerse rico con las gallinas... usted no tiene otro camino que volver a la vida pública en donde tanta falta hace."

Jesús B. González y yo éramos diputados en la época de los presidentes De la Huerta y Obregón; al licenciado Vasconcelos, entonces rector de la Universidad, lo frecuentábamos para tratar algunos asuntos de interés para nuestros electores y como le ayudamos en los trámites para que se aprobara la Ley de la Nueva Secretaría de Educación, nos dispensaba grandes atenciones y nos hacía frecuentes servicios. Después de preparar el terreno cuidadosamente, invitamos Jesús y yo a Ramón López Velarde para que nos acompañara a ver al futuro ministro de Educación.

Vasconcelos conocía y admiraba a López Velarde; en cuanto llegamos a su despacho, le tendió los brazos y con todo señorío y naturalidad le dijo a Ramón: "Lo he andado buscando, lo necesito para que me ayude en la Secretaría como lo hizo en la época de la Convención. Ya sé de la resistencia que usted tiene para servir a este régimen; pero le advierto que no es

usted el que viene a ofrecerse, nosotros le buscamos porque nos hace falta. Usted tiene obligación de servir a México y de no negarnos su cooperación." López Velarde se veía conmovido con aquel recibimiento pero siguió inflexible por cuanto a aceptar cargos de importancia.

Fue entonces cuando Vasconcelos le propuso que formara parte del cuerpo de redacción de la revista "El Maestro" y en una forma terminante le dijo: "Ya que usted no quiere servir un puesto de los que se consideran políticos, acepte una comisión para que escriba descansadamente y haga lo que quiera, le repito, que usted es el que nos hace un favor dándonos las primicias de sus escritos para nuestra revista, la que dirigirá Agustín Loera y Chávez, que también es amigo suyo." Ramón cedió a estas instancias del licenciado Vasconcelos y pocos días después formaba parte del cuerpo de redacción de la revista "El Maestro". Allí en sus oficinas de la calle de Gante le veíamos tarde a tarde

Jesús B. González y yo; lo acompañábamos en su ritual merienda y después hasta su domicilio de Jalisco 71.

Fue aquella una época de desbordante creación poética de López Velarde y de nostalgia de su terruño zacatecano; la compañía de Jesús le era doblemente estimulante. Entonces escribió *La suave patria*, la que Jesús y yo vimos nacer estrofa por estrofa, sin imaginarnos que aquel canto se iba a publicar como obra póstuma, unos días después de su muerte.

En una de esas caminatas a pie desde el centro hasta la colonia Roma, tan gratas para López Velarde, fue herido en el pecho por alevosa enfermedad que lo llevó a la tumba. Los médicos prohibieron las visitas, las conversaciones con el paciente y eran muy contadas las personas a quienes se permitía hablar con él: la asfixia se iba presentando cada día más alarmante y sus familiares y amigos vivieron largos días de amargo sobresalto hasta que sobrevino el fatal desenlace.

Tengo muy presente la fidelidad de Jesús B. González para el amigo y mentor de su buena época. Se mantenía en el pasillo del departamento o en la puerta de la recámara de Ramón, como una esfinge, no quería hablar ni hacer comentarios y en la noche de la "suma gravedad", lo sorprendí sentado en el piso de la habitación contigua a la de nuestro enfermo, sollozando como un niño desamparado. El interpretaba el sentir de los que vivíamos cerca de Ramón López Velarde, su ausencia nos dejó como huérfanos espirituales. Hubo para nosotros, como un toque de dispersión y una baja en el valor de la vida.

Ramón ejercía influencia, aunque no se lo propusiera; fue un freno tanto como un estimulante, al mismo tiempo que norte y orientación para los que lo seguíamos. Jesús fue entre todos el más desamparado por la pérdida de López Velarde, parece como si se hubieran dislocado sus resortes interiores y ya no tuviera rumbo ni disciplina en su vida; esto hubo de recono-

cerlo en conversaciones fraternales conmigo; por eso desde la hora misma de la muerte de Ramón, le vino un afán de prolongar su presencia y de hacerle honores a sus restos para estar cerca de él el mayor tiempo posible.

Al amanecer de aquella noche de tinieblas Jesús se comunicó con el rector de la Universidad, Vasconcelos; el amigo de los tiempos de buena y mala fortuna de Ramón acordó que los funerales se hicieran por cuenta del gobierno y que su cadáver fuera velado con todos los honores en el Paraninfo de la Universidad de México; fue aquel un duelo entrañable de la intelectualidad mexicana. Un silencio de siglos parecía extenderse en nuestro mundo y un toque de queda hizo que se apagaran las luces del cenáculo que Ramón presidía.

Jesús B. González, exuberante en su dolor, parecía el más mal herido, como si el miedo al futuro lo embargara, Ramón había sido para él punto de apoyo material y oriente y freno de su inquietud interior.

Ramón no gustaba de dar consejos, pero la línea de su existencia y sus opiniones sobre la conducta de sus amigos eran tan nítidas y categóricas, que ejercía influencia moral sobre quienes lo rodeábamos.

Su muerte fue como una desbandada. Cada uno seguimos nuestra ruta, sin el oportuno ejemplo del amigo para seguir por la línea recta. La última vez que nos reunimos bajo la "presencia" invisible de Ramón, fue para leer la jaculatoria que desde Nueva York nos enviara José Juan Tablada; en esa vez Jesús se desplomó bajo el peso de su angustia y repetía con dolido acento aquellos renglones en que José Juan decía: "Murió a los treinta y tres años de Cristo y en poético olor de santidad."

Jesús B. González siguió su ruta en el campo de la política y del periodismo; él y yo formamos parte del grupo de amigos de don Adolfo de la Huerta que pretendió llevarlo a la presidencia de la república por los caminos de una elección popular; ese movimiento degeneró en una lucha feroz

en los campos de batalla en la que hicimos de lamentables comparsas. Esa fue nuestra derrota del año 23; pasamos Jesús y yo por pruebas amargas, escaseces apremiantes y emboscadas alevosas y nuestra moral parecía derrumbarse. Cuando estábamos solos, Jesús repetía aquellos versos de Ramón que figuran en su poema "Hoy como nunca": "Ya mi lluvia es diluvio, y no miraré el rayo del sol sobre mi arca", y en su desesperación solía volver los ojos a su provincia lejana y a su limpia juventud; entonces recitaba como su propia jaculatoria, uno de los últimos poemas de Ramón en el que revivía su nostalgia provinciana diciendo: "Si yo nunca hubiera salido de mi villa, con una santa esposa tendría el cordial refrigerio de conocer el mundo por un solo hemisferio." Aquello era como el *mea culpa* del provinciano refugiado en la capital de la república.

CUATRO POETAS DE SANGRE PROVINCIANA

En las páginas antológicas de la poesía mexicana ocupan lugar esclarecido cuatro poetas de idéntica prosapia: Ramón López Velarde, José D. Frías, Manuel de la Parra y Francisco González León.

Cuando Unamuno decía que la cultura se lleva en la sangre, predicaba su evangelio de integración humana con raíces castizas y esencias del ser en su totalidad de cuerpo y alma.

López Velarde, que no gustaba de Unamuno como escritor que se fatiga con los renglones cortos, lo reconocía como maestro insuperable en sus ensayos, que son

compendio de las inquietudes intelectuales de nuestro tiempo.

El nombre de *La sangre devota* que lleva el libro de revelación de López Velarde, no es un accidente retórico o un acierto de portada; es profesión de fe de un artista que se sentía vinculado con su terruño y con sus gentes por la corriente de su propia sangre; cal de sus huesos y vigilia de sus sentidos; alimento de ideas superiores y látigo de los instintos.

Quien repase la obra de López Velarde —prosa y verso, epistolario o crítica—, descubrirá que es uno de los poetas que más hablan del corazón en sentido físico, de la sístole y la diástole, de la mitra y la válvula, y de la sangre que fluye y corre con sus glóbulos rojos, que eran como millones de hormigas que le despertaban la urgencia de vivir en plenitud.

En el título *La sangre devota* hay una intención mística y un profundo arraigo terrenal. Campo de cultivo, territorio de la patria, salmo telúrico del atardecer,

tierra colorada de Zacatecas, muchachas como "jarras cuyas paredes olorosas dan al agua frescura campesina", resonancias de un alma que quemaba el barro de Adán con el fuego del Evangelio.

Para López Velarde la "verdad de pan bendito" de la patria era como la musa de carne y hueso de Rubén Darío. En la extensión de su paisaje provinciano siempre se dibujaba una mujer en las lejanías. La madre Eva fue otro polo de su inspiración.

La alegoría de *La suave patria*, mujer con los pechos al vapor, enhiesta sobre las gavillas de la cosecha, era una de sus imágenes obsedentes; para él la carreta de la vendimia, la risa de Dionisios y la pezuña hendida de Pan, se vislumbraban al través de cualquiera decoración de la naturaleza.

La poesía mexicana le debe a López Velarde una nueva interpretación del paisaje; fue refinado y señorial cuando puso su mano sobre la tierra de sus mayores; en él toma un estilo nuevo y un nuevo valor cuanto se refiere a la provincia mexi-

cana. En su obra tiene una interpretación original esa faja de tierra tan castizamente provinciana que abarca Querétaro y Guanajuato, San Luis Potosí y Aguascalientes, Jalisco, Zacatecas y Durango.

Por esos caminos de tierra adentro, encontró a los poetas que él consideraba de su linaje: José D. Frías, Manuel de la Parra y Francisco González León. Con cada uno de ellos lo ligaban afinidades medulares. Los cuatro representan un impulso lírico en el que concurre la más rancia y genuina mexicanidad.

José D. Frías, el queretano con vistas a Guanajuato, poseía, como López Velarde y González León, una cultura clásica; las humanidades grecolatinas no fueron extrañas en su arsenal. Esa vejez venerable del saber los hizo acercarse a la nueva poesía con el respeto de quien se asoma a los moldes eternos. No sé si Manuel de la Parra fue, como sus hermanos, colegial de algún seminario; él tenía aire monástico y man-

sedumbre franciscana como dones naturales de su temperamento.

La sensibilidad de estos cuatro poetas hubiera sido delicuescente de no estar regida por un soberano buen gusto y por la elegancia de su timidez provinciana.

Quien se acercaba a Manuel de la Parra recibía el beneficio de conocer a un hombre en estado de gracia. A él, como a José D. Frías, lo azotó la vida de manera alevosa. Frías llevaba sus heridas con soberbia a veces satánica, en tanto que De la Parra era un estoico y un contrito. De la Parra fue perdonado de todas sus culpas por el camino de la humildad y de la ternura.

La emoción religiosa aparece como rasgo esencial de la poesía provinciana de México; hay que decir que era José D. Frías quien más padecía el sobresalto interior cada vez que se alejaba del camino de perfección. Frías era un hombre angustiado por sus frecuentes olvidos de las

prácticas cuaresmales. En ese viacrucis le seguía muy de cerca Manuel de la Parra.

López Velarde y González León se entienden entre sí por su fervor y también por su epicurismo. En Frías y en De la Parra, las mujeres fueron leves, como las sombras, como "visiones lejanas", como sueños de opio, en tanto que en López Velarde y en González León, la mujer vive con un don de presencia en toda su obra y se les impone en su viaje terrenal.

Las mujeres fueron para ellos compañeras de banco en la escuela, "novias ventaneras", amigas del paseo campestre, prometidas de las "nupcias incruentas", tentadoras o maternales, dadivosas o esquivas, enfermas o de salud lozana; todas ellas desfilan en *La sangre devota*, en *Zozobra*, en *Campanas de la tarde* y en *El libro de horas*, con una pulcritud diamantina y una prestancia de nobles gestos familiares. La santa poesía las eleva, las reverencia y las defiende contra toda mancilla o vulgaridad. Esa manera de amar a

las mujeres que desfilan por sus libros, es en López Velarde y en González León una de las muestras más acabadas de su buena cepa de escritores de aristocracia irrevocable.

El eterno tema de la mujer se trasmuta en símbolos melódicos en Manuel de la Parra e insuperable emoción musical en José D. Frías.

González León y López Velarde son a su modo, poetas musicales, se escucha en sus versos el eco de organillos callejeros, pianos que suenan en sordina a las altas horas de la noche o campanas que ensayan en las torres su escala de carillón; la musicalidad es otro atributo de la poesía provinciana de México.

En José D. Frías y en Manuel de la Parra, la música no es sólo recurso lírico, accidente o metáfora; para ellos fue esencia del ser, bandera de su batalla y fondo luminoso de su paisaje. Frías fue uno de los poetas mexicanos que más supieron de música; Manuel de la Parra rimaba su

melodía interior al compás del canto de las aves. "Reina en mi bosque sacro la armonía", dice en "El vendedor de pájaros"; era su defensa contra los augurios, "negros, funerarios" que lo asediaban en sus pesadillas. Cuando clama por una sombra protectora se le oye la voz fatigada y al mismo tiempo melodiosa: "Ana, hermana Ana, ¡qué duro es el sendero!"; el pobre niño extraviado camina por la maleza e intenta cantar para que se apaguen los reflejos de las aguas muertas:

Así, al borde llegué de la cisterna
donde enantes cantaba,
donde cantaba yo cantos alegres
y me asomé a sus aguas.
¡Negras están, oh, madre!

Se acoge al recuerdo de Schubert en el título de su poema "Momento musical" para nutrir su esperanza resignada; una voz remota le anuncia que no todo se ha perdido y él musita mansamente:

¡Quién sabe si al fin llegue por la tarde
la que tanto esperé por la mañana!

Vida frustrada y cándida la de Manuel de la Parra, vida quimérica; cuando se acercó a las realidades fue sacudida por impías agresiones su endeble naturaleza; por eso lo veíamos refugiarse en la niebla de su nirvana o de su inconsciente. Se acogía al refugio de sus *Visiones lejanas,* a sus recuerdos de juegos infantiles y de mujeres imaginarias. "De la musical visión guardo el deleite divino", dice en su "Nocturno", que es gemelo de los de José Asunción Silva.

Cuando López Velarde y yo nos acercábamos a Manuel de la Parra nos invadía un recato reverente. Fue un poeta de alma blanca, espíritu trémulo, depositario de la inocencia y del recato del sentimiento; sin alardes, sin quejas; carente de noción del tiempo y del mundo en que se vive; lo veíamos como mensajero de épocas remotas, como un aparecido. Después de que

nos despedíamos de él persistía en nuestros oídos el ritornelo de alguno de sus poemas:

Hace más de mil años que allí perdí la vida

. . . . . .

Fui paje de la corte de glorioso rey franco.

Las afinidades entre José D. Frías y Manuel de la Parra eran visibles; pero quizás fueron más fuertes sus diferencias recónditas. Frías fue orgulloso, a veces gustaba de hacer el papel de hombre malo y de "enfant terrible". No concedía beligerancia sino a unos cuantos escritores mexicanos. Para aquellos que se empeñaron en hacer versos sin tener madera de poetas, tenía un gesto desdeñoso o un silencio ofensivo. El quemó sus naves en su afán de vivir de cualquier modo, en eterna derrota económica, pero muy adentro defendía su estirpe de poeta y su condición de ungido por la gracia, como un tesoro insuperable.

No fue manso y humilde de corazón como De la Parra; el resentimiento hizo estragos en su conciencia. A veces ceñía, como De la Parra, el cordón franciscano, pero en Frías era como la cuerda de salvación del náufrago.

La tragedia mayor de José D. Frías fue la lúcida convicción de que estaba malgastando su vida y la íntima certidumbre de que el mensaje que pudo haber escrito, iba a quedar trunco. Poeta de premoniciones sombrías y de tratos con la muerte, su elegía "a la memoria" de nuestro muy amado Rafael Vera de Córdoba, fue como su propio epitafio. Inconforme con lo que pudo realizar, aceptó la ayuda generosa de José Manuel Puig para que se publicara su tomo de *Versos escogidos*, no sin haber manifestado en la portada que se sometía antes de que lo sorprendiera "la noche sin haber atado mi gavilla".

Lo que pudo ser la obra de José D. Frías ha quedado como un misterio en la

ecuación de su vida malograda. Poeta de un solo libro, como Manuel de la Parra; libro que vale por varios volúmenes, como la lira de Francisco González León, que parece tener una sola cuerda y suena como un poema sinfónico.

El rasgo más persistente y original de José D. Frías es el de la clave musical transportada al ritmo y a la emoción del verso.

A la manera de Góngora y de Darío, habla de Cuernavaca:

(Traumaturga ciudad de Cuernavaca,
—palacio de Cortés, templo agustino—
por los insomnios que dormí en tu hamaca
clavo tu embrujo en mi poema trino).

. . . . . .

(El hálito feliz de los jardines
embalsama frescura de piscinas,
y en pánico orfeón cantan maitines,
por fauna tropical, voces divinas).

Los maitines de su iglesia queretana, las voces del trópico de Cuernavaca, el tri-

no del ave madrugadora, llevan a José D. Frías a escribir sus variaciones sobre temas de Beethoven. Esos siete poemas, escritos con técnica musical y sentido religioso, son como las siete lámparas de su tabernáculo. En los anales de la poesía mexicana quedaron como nota sostenida; son compases con los que Frías honra al músico mayor de todos los tiempos. Música de Beethoven oída en París, ya fuera en los conciertos de la Gran Opera, en el órgano de San Gervasio o en los orfeones de su "Misa Nocturna de San Severino".

La obra de estos cuatro poetas se conecta no sólo en la melodía sino en la trayectoria espiritual con la escuela de los simbolistas y parnasianos franceses y con la obra magistral de los poetas belgas de Flandes.

No es un arte español el de Frías, López Velarde, De la Parra y González León. Esa poesía de tierna delicadeza, elegante melancolía, refinado buen gusto; de sensualidad matizada de sentido religioso, nos

trae el eco de las bellas páginas de Mallarmé, de Valéry, de Anatole France, de Rodenbach, de Maeterlinck y también de Villon, Montaigne y Pascal. Góngora, Gracián y Quevedo fueron dioses mayores en el altar de Frías y de López Velarde; ellos invitaron a sus clásicos españoles a un paseo por las orillas del Sena. De la Parra repasa su Laforgue y su Verlaine en tanto que González León se acerca a Claudel y a Francis Jammes.

Esa fuente de sugerencias que se descubre en la poesía provinciana de México, que se vuelve manantial de emociones recatadas, acierta con el noble estilo de intimidad que es propio del simbolismo francés.

Cuando Frías pregonaba que quería morir en París porque ahí había encontrado su clima y su ambiente, no estaba lejos de la verdad. Este fenómeno no es nuevo; desde Gutiérrez Nájera y González Martínez hasta Torres Bodet y Octa-

vio Paz, no hay poeta mexicano que no le deba algo a la literatura francesa.

De los cuatro poetas de sangre provinciana, el único que conoció las arenas de Lutecia fue José D. Frías; los demás recibieron a distancia las lecciones de los más ilustres maestros de la Sorbona y también el mensaje de los trasnochadores de Montmatre y de Montparnasse.

El don de simpatía universal del genio francés y el poderío de difusión de su cultura, alcanzaron hasta los rincones apartados de México. Ramón López Velarde, José D. Frías, Manuel de la Parra y Francisco González León, poetas de casta hispánica que, sin olvidar la sangre de sus mayores, se asimilaron las esencias del espíritu de Francia.

González León queda como único superviviente; él es en estos momentos mantenedor de un arte ingenuo y refinado que quizás no se vuelva a dar en la historia de la literatura mexicana; los tiempos cambian y los nuevos poetas siguen otros rum-

bos. Cuando López Velarde lo llamó al escribir el prólogo de *Campanas de la tarde*, "poeta consanguíneo", más que una presentación, parecía hacer un testamento.

Washington, D. C., octubre de 1941.

EL JOVEN ABUELO

A Héctor Pérez Martínez

Joven abuelo; escúchame loarte,
único héroe a la altura del arte.
. . . . . .
a tu nopal inclínase el rosal,
al idioma del blanco tú lo imantas.

Ramón López Velarde.

López Velarde era más bien criollo que mestizo. Su mestizaje apenas asomaba en el negro y lacio cabello, la piel morena o la obscura y melancólica pupila. Mirada de mestiza encendió él en la faz de *La suave patria*. En el fondo de su temperamento germinaba la emoción indígena.

En México los tres reinos de la naturaleza se presentan matizados de indige-

nismo. Quizás más que india fue arábiga la mezcla de sangre de López Velarde. En el poeta de la provincia mexicana se descubre el indigenismo espiritual que la mayoría de los mexicanos llevamos dentro, aunque el color de la tez sea blanca o blanqueada.

Al hablar de Cuauhtémoc lo enaltece en su categoría estética y lo reverencia en su grandeza humana. Nunca se ha escrito en tan breves palabras un canto más elocuente y significativo que el "Intermedio" de *La suave patria.* Colocado entre el paisaje y el hombre acierta a decir en unos cuantos renglones lo que en otras manos hubiera requerido un extenso capítulo. Cuauhtémoc aparece a la mitad del poema; es el punto de rotación entre la épica del pasado, la realidad de la vida presente y las incertidumbres del mañana.

Cada palabra tiene su peso y su medida, cada verso su intención profunda. Cuando dice "joven abuelo", alumbra nuestra ge-

nealogía histórica y se agolpan en la mente los episodios de la conquista.

En aquella hora zenital del maligno verano de 1921 —en que entregamos sus despojos a la tierra del valle de México— se oyó una voz docta y profética, era la de Alfonso Cravioto. En períodos lapidarios entrecortados por la emoción despidió a López Velarde con sus propias palabras, era la partida sin retorno de el "joven abuelo". El orador auguró que el ausente quedaría en la historia de las letras como el joven abuelo de los poetas mexicanos.

El vaticinio de Cravioto se ha cumplido, López Velarde orienta con sus luces a las nuevas generaciones.

Abuelo, arcángel, mesías, le llamaron Cravioto, José Juan Tablada y Rafael López, los tres Reyes Magos del retablo de navidad de José Juan, en el que se lee este renglón esotérico: "Su numen, Niño Dios de Cera." A la fortaleza y la sabiduría del "joven abuelo" se unen la inocencia y la fragilidad del niño.

Al poeta "Municipal y rusticano" le ofrendaron el oro, el incienso y la mirra, Tablada, Rafael López y Cravioto; escritores de legítima prosapia, dueños del escenario de las letras en la ciudad de México en aquella época. Saludaron en el recién llegado al símbolo de la trilogía provinciana; seminarista de Zacatecas, colegial de Aguascalientes, y doctorado de San Luis Potosí. Ni recibimiento ceremonioso ni palabras almibaradas las que le ofrecieron; fue profunda, estimulante y confiada amistad.

El gay saber de Cravioto, la gracia refinada de José Juan y la sutil e inteligente agudez de ingenio de Rafael, fueron sugerencias de primer orden para que López Velarde concretara y enriqueciera su mensaje.

Los mentores reconocieron de primera mano la calidad del discípulo y él respondió con una obra que colmaba de regocijo a sus maestros. Jamás hubo sombra de envidia por los triunfos del provinciano que

conquistó la ciudad de México, los hermanos mayores habían colocado al "joven abuelo" en un pedestal que sobrepasaba a la estatura de los poetas consagrados.

El colonialismo poético de Alfonso Cravioto; la mexicanidad castiza y quintaesenciada de José Juan, las arengas cívicas y heroicas de Rafael López se transfiguran en las manos de López Velarde; él embona piezas del repertorio clásico con sorprendentes hallazgos de la nueva poesía y así troquela el friso heráldico de *La suave patria.*

La emoción indígena de López Velarde no se prodiga. Unos cuantos capítulos de su prosa y escasos renglones de sus poemas se refieren al México indio. No es la extensión sino la profundidad la que vale.

La taumaturgia clarividente del poeta dio soplo vital a la tragedia de Cuauhtémoc. No habrá imagen fiel de la patria si no se oye la voz del indio; "el tenor que imita la modulación del bajo" se colocó

en la mitad del escenario para encender su lámpara votiva.

Hay que señalar una influencia indígena en el friso de *La suave patria,* la del pintor Saturnino Herrán. López Velarde visitaba casi todos los días a Saturnino Herrán en su famoso estudio de la calle de Mesones. Saturnino era un caso sorprendente de abstracción imaginativa y desdoblamiento mental; podía charlar y hasta discutir acaloradamente al mismo tiempo que pintaba y componía sus cuadros.

Herrán fue uno de los primeros artistas mexicanos que dieron categoría estética a los temas indígenas. Por esa época de nuestras diarias visitas pintó "La leyenda de los volcanes", "La ofrenda", "El rebozo" con dominio y conocimiento de las tradiciones indígenas y dio comienzo a su friso "Nuestros dioses" que por desgracia no fue terminado. El friso tenía dos alas; en una la católica procesión de españoles, clérigos y caballeros, cruz alta, ciriales, pa-

lios e incensarios; en la otra la acompasada marcha indígena y el rito de sabor pagano; canastas de flores silvestres, urnas cinerarias, danzantes de belleza atlética, viandas y frutas en manos de oficiantes y donadores. Las dos caravanas convergían hacia el ara central en la que se veía un Santo Cristo de tonos violáceos y mortecinos crucificado sobre la piedra del culto indígena. La fusión católica y pagana, la amalgama del rito indígena con el ceremonial cristiano, la cruz y la piedra de los sacrificios eran el tema del friso "Nuestros dioses".

Esa alegoría simbólica sirve de fondo al libro de Anita Brenner *Los ídolos detrás de los altares*; el pintor y la escritora, los dos nacidos en Aguascalientes, concuerdan en su interpretación; quizás los dos se inspiraron en páginas de fray Servando Teresa de Mier que vivió obsesionado con la idea de que el pueblo de México era más idólatra que cristiano.

Los perfiles plásticos y las paradojas históricas fueron motivos persistentes en la mente de López Velarde. El capta los matices fugaces de la mexicanidad y los fija para siempre en el friso de su epopeya. Es un elemento humano el que define la patria, la mujer y el hombre de México los que figuran por encima de todo otro valor. López Velarde presenta a Cuauhtémoc en las múltiples dimensiones del "eterno dolore".

El sufrimiento del indio es antifonario, persistente en la historia de México, es la "Vieja lágrima" del poeta Luis G. Urbina; las mejores páginas de Urbina destilan melancolía india, versos indianos escritos en la mejor lengua de castilla. Cuando López Velarde dice a Cuauhtémoc "al idioma del blanco tú lo imantas" parece intrigado por las loas al emperador mártir, dichas en la lengua de sus verdugos; también evoca los matices indígenas del español que se habla en México. Insinúa que hay una emoción extraña y una an-

títesis manifiesta al hablar del indio en lengua de Castilla. Esta es una de las gloriosas páginas de la historia de España en América, fueron españoles del siglo XVI los que defendieron al indio con mayor vehemencia y coraje. En la complicada y contradictoria historia de España se encuentran la cruz y la media luna, la mezquita y la catedral, la barbarie atrabiliaria y la ternura edificante.

En las páginas de Bernal Díaz y de los cronistas primitivos de Indias, clérigos o seglares, se encuentra el relato auténtico del sufrimiento del indio. La marca del "hierro de su majestad" que a veces destruía la cara de los niños cuando los empadronaron en Coyoacán no es relato de jacobinos o hispanófobos; las crónicas de suplicios del fuego y cepos y garrotes figuran en crónicas auténticas; la horca, la mutilación o la caza del hombre valiéndose de los perros hambrientos no fueron invenciones de la leyenda negra.

A López Velarde se le impuso en toda su pesadumbre el sufrimiento de Cuauhtémoc y lo consagró en su responso como un símbolo de la patria. El poeta zacatecano fue la negación del sectarismo; corazón generoso y espíritu flexible se fundían en su robusta personalidad. A veces gustaba de recordar a los profetas de Israel, aquellos que entonaron elegías en el cautiverio de Babilonia. Cuando habla del dolor de Cuauhtémoc y de la tragedia de su raza, es como la voz que clama en desierto. "Idolos a nado" en la corriente de nuestra historia, "Sollozar de mitologías" que se oyen en un clamor que viene del fondo de los siglos.

La fórmula vital de México está condicionada por el común denominador del sufrimiento del indio.

Quienes insistimos en esta dolorosa experiencia presente y retrospectiva no lo hacemos con propósito de exhumar viejos odios sino con el afán de corregir injusticias actuales.

Los problemas de una nación mestiza son intrincados y dramáticos. El ejemplo más patético quizás sea el de España que dentro de sus luchas de tantos siglos jamás ha encontrado su equilibrio o su centro de gravedad. La Colonia habría de heredar los problemas de la metrópoli agravados con los de origen indio y mestizo.

Estos antecedentes dan a la historia de México su carácter apasionante y contradictorio. Las situaciones que parecen sencillas se complican al profundizarlas; los intentos de hacer el bien se anulan por obra de reacciones subconscientes. Debemos proceder con método para encontrar la punta al hilo y con sagacidad para descubrir las influencias subterráneas en nuestros móviles de acción.

"El retablo" y la loa a Cuauthémoc en el "intermedio" de *La suave patria* son limpios y piadosos; el catolicismo de López Velarde dice su jaculatoria en el "Zócalo de cenizas de sus plantas"; su sensibilidad estética se exalta ante el martirio, su es-

píritu cristiano se subleva ante la injusticia. Ni aspavientos ni recriminaciones desorbitadas; el autor nos invita a pensar en el estoicismo del indio con estas palabras:

No como a César el rubor patricio
te cubre el rostro en medio del suplicio;
tu cabeza desnuda se nos queda
hemisféricamente, de moneda.

Moneda que sale roja del crisol y quema la mano del codicioso que se olvida de Cristo en nombre de César; medalla heráldica de rasgos puros y sobrios fundida en el fuego de una dolorosa jornada; perfil del "joven abuelo" que se recorta en líneas precisas en el fulgor del incendio y proyecta su sombra en el largo camino de nuestra historia.

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE MEXICO
FILOSOFIA Y LETRAS

INDICE

Ramón López Velarde a los 30 años de distancia 5

Ramón López Velarde, el provinciano en la capital 23

La patria, la mujer y la muerte en la poesía de Ramón López Velarde, (1888-1921). 37

Las últimas jornadas de López Velarde. Ofrenda en su xxv aniversario . . . 53

La patria de carne y hueso 67

Jesús Buenaventura González a la sombra de Ramón López Velarde 77

Cuatro poetas de sangre provinciana . . 101

El joven abuelo 117

En la Imprenta Universitaria, bajo la dirección de Francisco González Guerrero, se terminó el día 15 de enero de 1958, la impresión de este libro, que estuvo al cuidado de Jesús Arellano. Se hicieron 1,500 ejemplares.